

La Ilustración Artística

Año XXV

BARCELONA 2 DE JULIO DE 1906

Núm. 1.279

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad de Artistas franceses. París. 1906



EN LAS MINAS DE ANZIN, lienzo que forma parte de un triptico de L. Jonas



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos. — Erase que se era...*, cuento de Rafael Ruiz López. — *Exposición general de Bellas Artes. Madrid. 1906. Sección de Pintura* (continuación), por Manuel Carretero. — *Tapices pintados por B. Gili y Roig. — La velocidad de los trenes en los Estados Unidos. — La revisión del proceso Dreyfus. — Coronación del rey Haakon VII de Noruega. — Teléfono automático sistema Lorimer. — Bellas Artes. — Espectáculos. — Problema de ajedrez. — En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). — *República Argentina. Buenos Aires. El nuevo teatro circo «Coliseo Argentino»*, por Justo Solsona. — *La temperatura del sol. — Libros.*

Grabados.—*En las minas de Anzin*, lienzo que forma parte de un tríptico de L. Jonás. — *Erase que se era...*, cuadro de E. Paupión. — *Pescadoras bretonas*, cuadro de Manuel Benedito. — *Charla gaditana*, cuadro de Juan Vitorica. — *Retrato de la Srta. D.ª Cecilia Yurmury*, pintado por Cecilio Pla. — *En la labor*, cuadro de Eugenio Hermoso. — *El último tributo*, escultura de Joaquín Bilbao. — *En el santuario*, cuadro de José Rodríguez Acosta. — *La pobladora*, escultura de Luciano Oslé. — *Paisaje*, cuadro de Eliseo Meifré. — *Retrato de miss K.*, pintado por Anselmo Miguel Nieto. — *Tapices pintados por B. Gili y Roig. — París. La revisión del proceso de Dreyfus. — El rey Haakon VII de Noruega en su despacho. — Remendando la red*, cuadro de María Camelón-Gelón. — *En el taller del pintor*, cuadro de Edgar S. Cameron. — *En vísperas de exámenes*, cuadro de José Pinazo. — *En alta mar*, cuadro de sir J. E. Millais. — *Derviches aulladores*, cuadro de Fausto Zonaro. — *Figs. 1 y 2. Teléfono automático sistema Lorimer. — República Argentina. Buenos Aires. Vistas del teatro circo «Coliseo Argentino».* — *Viena. Inauguración del monumento erigido en Haimbach á la memoria del poeta Adalberto Stifter.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Parece empezar á disiparse el humo negro de la explosión de la bomba: los viajes de verano preocupan las imaginaciones, cada cual forma sus planes, arregla el empleo alegre ó descansado de los meses calurosos, y el terror desaparece, ó al menos se calma. Es la ley natural y social: que no se eternicen las impresiones por fuerte que sea la causa que las determina. El oleaje de la vida borra sus propias huellas en la playa, alisa la arena y siembra de nuevas conchas y nuevas algas el espacio libre. Y una ola sigue á otra ola, y hoy la ola desafía al cielo y mañana se extiende mansa y acariciadora. Queda, eso sí, su perenne amenaza, su ronco y lejano murmurio de cólera implacable. Pero el espíritu reposa en las largas horas de bonanza...

* *

Y saltaron bodas y bailes y regocijos en Madrid, como si nada hubiese interrumpido la vida habitual de la corte. Y el mismo proceso de la bomba, y las mismas ramificaciones que se descubrieron en él, perdieron bastante interés; la atención del público se cansó un poco; únicamente la refrescó la siniestra inscripción del árbol del Retiro, sobre la cual tantas opiniones contradictorias he oído emitir. Para unos, la inscripción es hecha *à posteriori*, y el señor que asegura haberla visto hacer es víctima de un error involuntario, ó es una de esas personas «que quieren haberlo visto todo;» para otros, es una de las muchas imprudencias adrede cometidas por el criminal á fin de ser preso antes de realizar el atentado y librarse del compromiso de realizarlo; no falta quien diga que es un desahogo lírico, en otro tiempo reservado al amor, y del cual hoy se apodera el odio; no falta quien vea en la tal inscripción una mera *fumisterie*, una broma de pésimo gusto... De cualquier modo, si la inscripción es anterior al atentado, constituye un cargo nuevo contra esa policía, que debe de andar como andan en España casi todas las cosas. Su papel en el desarrollo de este asunto no puede ser más pasivo y desairado. Gentes que no forman parte de ese organismo, gentes avispadas y observadoras, son las que han observado, olfateado y descubierto lo que se descubrió. Y cuenta que conspiradores de la naturaleza de los que mediaron en el asunto de la bomba, son como para formar la reputación de un polizone genial. Es imposible clarearse más, descubrirse más, hacer las cosas con mayor sencillez, con inocencia más primitiva. No aparece ningún Maquiavelo en este proceso. Todo es romántico, franco y de tela de cedazo pura.

* *

Una fiesta de la cual se habló poco y que encontré muy divertida, fué la ascensión de los globos, el *ra llye*, como se decía «deportistamente.»—Era una monada, una especie de jugueteo caprichoso en el aire,

el subir de los globitos, confundidos los de las postales, que lanzaban las señoras, con los verdaderos aerostáticos, tripulados por hombres.—La calma chicha del día ardoroso de junio; la pureza cristalina de la atmósfera, mantenían los globos quietos después del primer movimiento pausado y dulce con que se elevaban á cierta altura. Dijérase que iban á quedarse así, fijos á manera de grandes lámparas, pendientes por un hilo de la bóveda del cielo; y dentro de esas lámparas caprichosas, un muñeco ó dos agitaban los brazos, saludaban... Eran los tripulantes de las barquillas, que miraban á la gente de abajo, á la curiosa muchedumbre apiñada en el campo ya libre, donde momentos antes oscilaban las gigantescas burbujas de jabón de los globos inflados y prontos al «¡larguen!»

Las apariencias acusaban una expedición casi en broma, algo puramente representativo del peligro de la aerostación... Y en realidad, el peligro existía, á pesar, ó á causa, de la misma serenidad del aire, que no impulsaba á los globos hacia parte alguna, y de la falta de lastre. El lastre es el paracaídas del globo, es el que le salva del tejado, de la chimenea, del balcón de hierro; con el lastre se cae donde se quiere, y sin el lastre se cae donde la casualidad dispone. Y los globos de la fiesta—oí á los tripulantes lamentarlo— apenas llevaban la vigésima parte del lastre que habían menester... Además, en el inmenso palenque del aire también hay choques. Dos globos estuvieron á punto de embestirse. La gente, apretujada en el recinto de donde partieron los globos, ó aglomerada en la populachera calle del Gasómetro, contemplaba el espectáculo, sin darse cuenta de que allí se arriesgaban vidas. Por fortuna salió todo á pedir de boca; no hubo un descenso que no se verificase suavemente, y lo que empezó como juego, acabó como juego sencillo y gozoso.

* *

En la función de gala del teatro Real cantaron *Lucía de Lammermoor*... Erame imposible no pensar toda la noche, más que en los plumeros, joyas, colorines y bordados charros de uniforme, en lo que pensaría la joven reina, que ha nacido en Escocia, viendo una *Lucía* por el estilo. Raya en lo grotesco la *mise en scène* de esta ópera, una de las que con mayor impropiedad y ridículo descuido salen á las tablas del regio coliseo. ¡Qué escoceses, santo Cristo de Burgos!

Algunos coristas llevaban el calcetín á cuadros; pero otros salían de tonelete de colorines, y la pierna, desde arriba de la rodilla, cautiva en lengua media de rico algodón color rosa, preso el pie en elegante zapato de becerro en mal uso; y como el tonelete respingaba por delante, hacían el fantástico efecto de hallarse en meses mayores. Los hermanos de la reina, esos preciosos chicos que con tanta gracia lucían el característico traje escocés, debieron de reirse por dentro á puchadas, pues el caso no era para menos.

Y no le extrañaría poco á la reina la insólita novedad de que, usando el *laird* de Lammermoor unos colores, usasen los de su *clán* otros distintos, puesto que justamente por los colores del señor se reconocen en la tierra alta de Escocia los hombres de cada *clán* ó tribu, siendo esto cosa de las más sabidas y vulgares, y siendo esos colores una especie de blasón de las familias nobles y antiguas. Y también le gustaría á la reina, no cabe duda, lo fiel de las decoraciones y del mobiliario..., es decir, el mobiliario de *Lucía*, en el Real, se parece á todos los que allí suelen ostentarse; consta de una mesa y un sillón, para la escena de la firma del contrato, y... del vacío reconcentrado en sí mismo, para la escena del delirio con bata de mangas perdidas, cabello suelto y gorgorito libre. ¿Es que habían venido á embargarle á Astón, la víspera de las bodas de su hermana? Y si no, ¿qué significa ese palacio con sólo las paredes?

* *

Por cierto que me han contado una escena cómica, ocurrida la noche de la función de gala; si no es verdad..., ahí va tal cual me la refirieron. Uno de los coristas, con su traje de escocés... de menos que Carnaval, tuvo la ocurrencia de salir por la puerta del pasillo, no sé con qué objeto. Verle y tomarle por uno de los príncipes extranjeros, fué lo mismo. La gente se apartó con respeto, le abrió calle, y se absorbió en la contemplación de su indumentaria. Verdad que, cuando se enteraron del error, sufrió el mísero corista un formidable abucheo, y hasta tengo entendido que una multa, castigo de la *plancha*... de los demás.

* *

Y en pos de tanto festejo—agradables ó no, porque algunos tuvieron de todo—vino el revuelo político, la zambra del cambio de ministerio y el decreto de di-

solución, fantasma cuya existencia niegan los adversarios y afirman los adictos, con igual seriedad y empeño... No sé si en esta variación habrá algo más que un cambio de nombres. Temo que en efecto no haya otra cosa, pues la experiencia nos ha demostrado que otra cosa no suele haber en casos análogos. Ya nadie espera nada de ningún cambio de ministerio. Estoy por decir que nadie espera nada de cambios de ninguna especie. Una indolencia fakirista se ha apoderado del público, del verdadero público, del que no tiene para qué aparentar creer en farsa alguna.—La única ilusión que todavía persiste en el espíritu de varias personas, de las que conocen á otras, es la ilusión individualista; la que se funda en el valer de los individuos superiores, profesen las opiniones que profesen, militen en el bando que militen. Así, existe una figura de ministro que ha motivado esperanzas en los que le tratamos y estimamos. Me refiero á Alejandro San Martín, el eminente médico y cirujano, llamado á la cartera de Instrucción pública. Este no es un político; si militó en las filas de un partido, fué al modo discreto y con la sordina del que no aspira ni á resaltar ni á conseguir. Sus trabajos de clínica, sus estudios concienzudos, profesionales, le absorbieron. Sin embargo, su cerebro, su pensamiento, tenían casillas donde las ideas, no políticas en el sentido estrecho y egoísta de la palabra, sino en aquel otro generoso y amplio que se acerca al patriotismo, germinaban y se desenvolvían silenciosamente. No es San Martín hombre de propaganda y agitación: si no hubiese sido llamado, en substitución de Ramón y Cajal—otro fundamento de esperanzas,—al puesto donde el pensamiento influye en la realidad de un modo inmediato y eficazísimo, San Martín se guardaría sus aspiraciones latentes, su deseo de arreglar algunas cosas, ya que todas, ni Dios, con ser Dios, quiere arreglarlas...

* *

Yo confío en el ilustre facultativo, cuyo bisturí me ha rasgado la piel, en operaciones, insignificantes por fortuna, pues el mejor operador es temible, y librenos Dios de necesitar su ciencia. Confío en que corte y raje la recia piel y la hinchazón inveterada de tanto abuso, de tanto abandono, de tanta inercia, que vician la sangre de nuestro organismo pedagógico. Anhele ese bisturí salvador, que extirpe la rutina y el atraso y aplique luego sobre lo vivo de la carne herida la cura aséptica, que no permite la formación ni de una gota de pus.

En nuestras cortas oraciones pedimos á Dios que inspire á San Martín. La mitad de su capa, para los enfermos del cuerpo; la otra mitad, para los del entendimiento. Y más útil la segunda mitad que la primera.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Al revés de la naturaleza, que crea el órgano para la función, las administraciones tienden á multiplicar las funciones para el órgano, á fin de justificar la existencia de éste.

DE FREYCINET.

El refinamiento del espíritu en las naturalezas superiores tiene, en cambio, el inconveniente de crear dolorosos estados de alma que el vulgo no puede comprender.

G. M. VALTOUR.

La vida, como el fuego, sólo se conserva comunicándose, lo que depende de la ley fundamental que nos ha enseñado la biología, á saber, que la vida no es únicamente *nutrición*, sino que es, además, *producción* y *fecundidad*. Vivir es consumir y adquirir á la vez.

GUYAN.

No basta estar dispuesto á cumplir el deber; es preciso también conocerlo.

GUIZOT.

Cuando por vez primera se encuentran las personas de verdadero mérito, las almas buenas, no traban por primera vez conocimiento; puede decirse que se reconocen como antiguos amigos separados solamente por la distancia ó por la desigualdad de condiciones.

J. DE MAISTRE.

Se puede ser constante con un alma pusilánime y una inteligencia limitada; pero sólo puede haber firmeza en un carácter lleno de fuerza, de elevación y de razón. La ligereza, la facilidad y la debilidad son opuestas á la firmeza.

DIDEROT.

La amistad es tan divina sólo porque da el derecho de decir la verdad á los hombres que tan poco la dicen y que tan raras veces la oyen.

LACORDAIRE.

El hombre justo no es aquel que no comete injusticia, sino el que pudiendo ser injusto, no quiere serlo.

MENANDRO.

El que no tiene carácter no es un hombre, es una cosa.

CHAMFORT.



ÉRASE QUE SE ERA..., cuadro de E. Paupión. (Salón de la Sociedad de Artistas franceses. París, 1906.)

Cuento de Rafael Ruiz López inspirado en el mismo

La recuerdo perfectamente, como si todavía aguardara con ansiedad infantil la hora de la salida de la escuela para ir á escuchar ensimismado y boquiabierto su voz dulce como bendición celestial, su charla amorosa é instructiva y sus deliciosos cuentos, sencillos como pláticas apostólicas que confortaban nuestros tiernos espíritus y nos impulsaban suave y maternalmente hacia el escabroso camino del bien. Serena como la vejez sin remordimientos, siempre reía; dijérase que tenía ante sus cansados ojos, cerca, muy cerca, casi tangible, la visión esplendente de un mundo perfecto en el que retardaba la entrada por voluntad propia, con el fin de instruirnos en la santa moral y llenar nuestros ojos del resplandor de las verdades eternas.

No fueron para ella los placeres de la ociosidad, ni jamás el sol pudo sorprenderla inactiva; pero al verse rodeada de pequeñuelos, dichosa como una abuela, dejaba á un lado la monótona rueca y el lino blanco, y al ver el ensimismamiento bobo con que la escuchábamos sin osar interrumpirla jamás, poníase muy contenta y experimentaba la felicidad de los viejos maestros seguros de que sus lecciones serán semilla fecunda.

No había de menester muchos ruegos para empezar: «Érase que se era...» Y era una muchachita rubia de piel de terciopelo nácar sonrosado, de manos de marfil, «pura y bella como los ángeles del coro del Señor.» Y «esta muchachita» se veía acosada por siete galanes de hermosa apariencia, revestidos con brillantes oropeles; pero malos, muy malos; «¡como que uno era la soberbia, otro la avaricia, otro la gula...», en fin, cada uno representaba un pecado capital! Y todos luchaban afanosamente por reinar en el cándido corazón de la muchacha.

Empeñábase la lucha tiránica y cruel. Gozábbase primero la niña en verse solicitada por tan apuestos galanes, y entregada á la coquetería, «que es el arma de que se vale el demonio para vencer á la mujer,» no se daba cuenta del peligro hasta que los solicitantes, cada cual por su lado, lograban estar muy cerca de su corazón.

Y la muchachita de cabellos de oro, «pura y bella como los ángeles del coro del Señor,» asediada por los siete galanes que la deslumbraban con su brillante

exterior, empezaba á conocer el mal, y al pretender huir por haber conocido la monstruosidad de sus adoradores con los que un tiempo coqueteara, veíase perseguida tenazmente, en peligro constante de ser alcanzada, sufriendo angustias indefinibles, hasta que encontraba una viejecita humilde á quien pedía socorro y consejo. Hablábale la viejecita, y su voz era celestial, como música jamás oída; cogíala de la mano, y mientras caminaban á lo largo de interminables y polvorientos caminos le decía:

—Hija mía, la jornada es larga y penosa y serán crueles las angustias que has de sufrir. Agobiante es la virtud y fácil el pecado... Si no huyes de los que te persiguen, si á ellos te entregas, encontrarás la juventud alegre, mas no siempre tendrás la conciencia limpia. Elige.

Y la muchacha, elevando los ojos al cielo y cruzando las manos blancas y angélicas en actitud de plegaria ferviente, exclamaba:

—¡Dios mío, quiero el peso agobiante de la virtud, deseo conservar mi conciencia sin mácula: guíadme en la jornada larga y penosa, llena de tormentos crueles!

Entonces llegaba para la niña angélica la hora sublime del premio: veía con asombro que la viejecita se convertía en excelsa matrona, y á poco, en la Santa Virgen, amparo de los pobres y consuelo de los afligidos, que se remontaba á los cielos mirándola amorosamente.

Llegaban los siete galanes, acosábanla de nuevo queriendo deslumbrarla con sus oropeles; pero la joven resistía con heroísmo á esta última tentación, hasta que un pastor, mancebo gallardísimo, la libraba de ellos, y arrodillándose reverentemente le decía:

—Soy de humilde condición; vine á defenderte porque hace poco me aseguré una viejecita que en este lugar había una mujer en grave peligro. Yo no conocía tu hermosura y corrí; de haberla conocido, alas me hubiese dado mi anhelo de salvarte... Tengo una pobre cabaña; ¿quieres compartirla conmigo? Sobre nuestras humildes cabezas descenderá la bendición de Dios y el amor nos hará felices.

Enamorada de tanta sencillez, contestaba afirmativamente la muchacha de los cabellos de oro y de las manos angélicas, y se encontraba con la gratísima sor-

presa de que el pastorcillo era un rey que peregrinaba en busca de una mujer virtuosa para con ella compartir su trono.

Otras veces era un rey fiero, tiránico y cruel castigado en su orgullo y arrojado de su reino tras vergonzosas guerras, ó ya niños perversos que por burlarse de sus ancianos padres se veían luego, como justo castigo, despreciados y abandonados por sus hijos... Y siempre en sus narraciones, que ella juraba verídicas, había algo de encantamiento y mucho de maravilloso y milagrero, sin que faltase el premio á los virtuosos ni el severo castigo á los malvados.

«Érase que se era...»

Estas palabras suenan en mi oído como el principio de una oración purísima de la infancia y traen á mi memoria en poética é incomparable fantasmagoría procesiones interminables de princesitas de cabellos de oro y de humildad angélica, de pastores gallardos que acaban en reyes y de reyes que concluyen en pastores, de hadas bienhechoras..., todo junto flotando en una ternura infinita y en una moral saludable.

«Érase que se era...»

¡Anciana interesante, vieja divina!, yo recordaré siempre con lágrimas en los ojos tus cabellos blancos y venerables, tu sonrisa grata á los niños y tus cuentos encantados, sencillos como lecciones de santa moral, que impulsan derechamente hacia el escabroso camino del bien y llenan las pupilas del resplandor de las verdades eternas; llevaré siempre sobre mi corazón tus palabras que inspiró la santidad de tu larga vida, pura y austera como la de los elegidos. Generosa y humilde, lo diste todo con la sonrisa en los labios. Dolor conocido por ti era dolor consolado, y sé que buscabas afanosamente hasta los más ocultos... Y cuando ya nada te restaba por dar, tu imaginación despejada de mujer que supo vivir santamente inventaba cuentos que, recreándonos, fueron sabroso alimento de nuestros espíritus infantiles...

¡Oh sagrada viejecita, abuela de todo un pueblo! Yo bendigo tu memoria desde lo más profundo de mi corazón, y quisiera tener el poder de resucitarte para solicitar de ti en las horas de tedio y en las de aflicción amarga un «érase que se era» armonioso como el mejor de los preludios.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES. MADRID, 1906. - PESCADORAS BRETONAS, cuadro de Manuel Benedito, premiado con primera medalla

EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES

MADRID, 1906

SECCIÓN DE PINTURA

(Continuación)

De todos los géneros hay en la Exposición de Bellas Artes, hasta lienzos de franca alegría, ahora precisamente que varios señores sencillos culpan á la juventud de estar muy triste y llorosa. De Muñoz Lucena es una escena típica de Sevilla pintada junto á la campana de la Vela. Este cuadro es tan notable y está tan bien pintado como uno de Medina Vera, *Tipos de la huerta*, allí próximo.

La boda, de F. Posada, otro joven de diez y nueve años, es una completa revelación. Yo aseguro que quien ha sabido componer aquel grupo con tanta armonía y gracia y pintarlo más tarde con mucho arte y verdad, no es un pintor adocenado ni terminará aquí, con esta obra, su carrera.

Julio Romero de Torres, á quien tampoco conozco, tiene gran talento, sabe dibujar á la perfección y es un alma moderna. Sus cuadros son muy notables. De todos nos agrada más el titulado *A la amiga*. ¿Por qué este excelente artista, que vale mucho, no prescinde de ese color cetrino con que cubre todas sus obras? No necesitan de este feo recurso R. de Torres ni tampoco su hermano para ser unos pintores admirables.

El gran maestro Gonzalo Bilbao es vicepresidente del Jurado de Pintura. Fuera de concurso, pues, presenta siete ú ocho cuadros, ninguno de gran tamaño.

La gitaniilla, *Una noche de verano en Sevilla* y un *Retrato de señora* nos traen á la imaginación el recuerdo de la pintura de los grandes maestros, que vivirán siempre por sus geniales creaciones. Goya alabaría mucho los lienzos de Bilbao.

Como no tenemos espacio para, como quisiéramos, hablar de todos los cuadros que nos agradan, diremos que han presentado también obras muy notables: Gárate, Junquera. Santamaría Morelló, Vázquez Díaz, Enrique Romero, Juan Zuloaga, Pellicer, Emilio Sala, Vitorica, Salaverría, Fernández Arderin, Hidalgo Caviades, Fillol, Díaz, Pedro Sáenz. Maldonado, Pinelo, Urquiola, Baixeras, Juan Francés Cerdá, Raurich, Verdugo Saude, García Rodríguez, Mencía, Mes-tres, Grau, Poy Dalmau, Beruete, Bertodano, Blanco Coris, Zabiaurre, Ribas Andreu, Arranz, Soro, Morera, Huidobro, Taboada, Godoy, J. A. Benlliure, Abella, Tamburini, Alperia, Pueyo, Ricardo Madrazo, A. Navarro, Alberti, M. Peña,

Cabrera Cantó, Hernández, Nagera-Andrade, Vilaprades Iborra, Nogués Sáenz y el simpático Gómez Gil y otros que siento no recordar.

SECCIÓN DE ESCULTURA

Está visto: nuestros escultores triunfan en el mercado y huyen de la Exposición. Basta para cerciorarse de esta terrible verdad conocer el número escaso, casi ridículo, de obras que presentan este año en el Palacio del Hipódromo. Y casi todas, fijaos bien, llevan las firmas de los más jóvenes, de los no premiados y desconocidos para el público; que los otros, los un-

sino se ha limitado á presentar, aparte del busto de la que fué princesa de Asturias, dos esculturas ya conocidas, *Sagunto* y *La Tradición*, y fotografías de obras suyas que decoran el Ministerio de Fomento y el Palacio de Bibliotecas y Museos, y del panteón de Cánovas del Castillo y del monumento á Quedo, que permiten formarse idea de la belleza de tan grandiosas composiciones y de los talentos excepcionales del famoso artista.

Veamos ahora las obras de los escultores jóvenes, obras que, en su mayor parte, constituyen un gran paso en la senda del arte verdad, y en las cuales estos espirituales artistas consiguen aunar con gran fortuna la elegancia, la sencillez y el sentimiento exquisito de las cosas.

Esclavos (1), escultura de Miguel Oslé, es un grupo sentimental, vigoroso, sencillo y copiado de la vida misma. Son dos trabajadores, dos pescadores pobres; él, rudo, fuerte, con rasgos muy pronunciados de la bestia incansable en la labor. Los pómulos salientes; los cabellos crinosos; los labios grandes, carnosos, típicos; los brazos, ¡bellos brazos del trabajo!, fuertes como columnas; las manos enormes, encallecidas por la pelea de un día y otro con el remo. La izquierda descansa sobre el hombro de ella: es una niña de diez ó doce primavera, ¡y ya trabaja!, y es esclava de la vida, más dura por haber nacido la criatura pobre.

¡Qué bello contraste observamos en algún detalle de este hermoso grupo de piedra! El brazo ó la garra de un domado león sobre el pecho de una niña que más tarde será el único consuelo del hombre infeliz. Y ella está también como su compañero: triste con su cabecita baja, sus manos caídas y uno de sus pequeños pies torcido en descanso... Es este grupo uno de los más bellos de la Sección de Escultura.

MANUEL CARRETERO.

(Fotografías de Toneser.)

(Se continuará.)

(1) En la lámina que publicamos en el número 1.277 olvidamos mencionar que esta escultura había sido premiada con primera medalla. (N. de la R.)



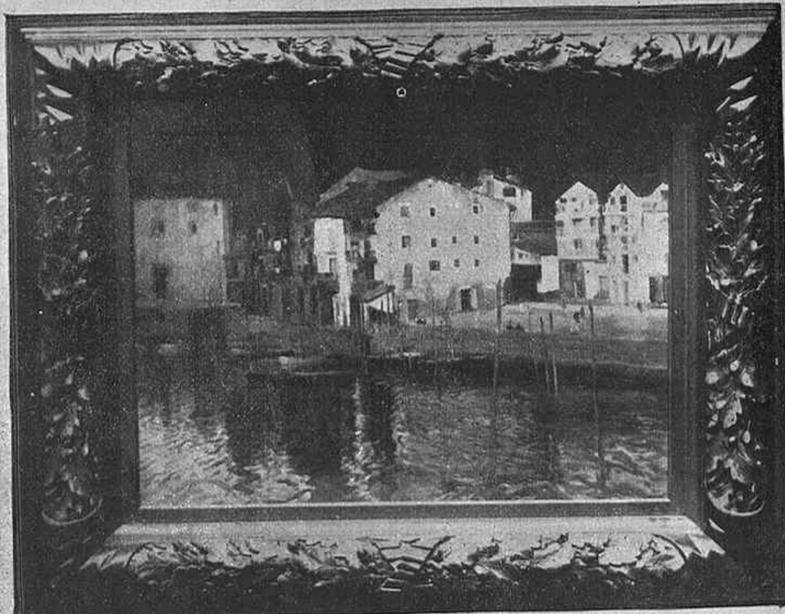
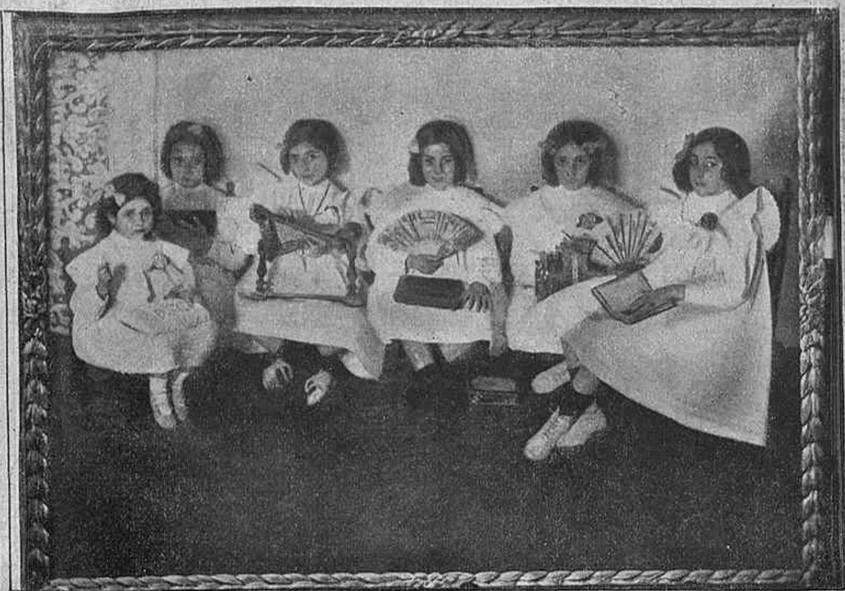
EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES. MADRID, 1906. - CHARLA GADITANA, cuadro de Juan Vitorica

poco a amados, los predilectos, los maestros, ni siquiera nos muestran ya los bocetos de tantas y tantas maravillosas obras encargadas por el Gobierno, Academias, Municipios y particulares, tales como los monumentos á Castelar, á Martínez Campos, á Sagasta, á Carlos III, el grandioso del Retiro á D. Alfonso XII, donde colabora lo más granado de los escultores españoles, el de la reina doña María Cristina de Hapsburgo en San Sebastián, y el de Odonell en Canarias, cuya primera piedra puso en su reciente viaje S. M. el rey D. Alfonso XIII.

Con justicia se les culpa de no acudir á la Exposición á enseñar ó encarrilar, mejor dicho, los gustos de una juventud perdida, según por todos se afirma, en las laberínticas ideas modernas.

Una excepción hay que hacer en favor de Querol; pero aun esta excepción es relativa, puesto que el eximio escultor torto-

La pobladora, grupo escultórico de Luciano Oslé, hermano del anterior, no nos satisface por completo, lo confesamos sinceramente. Es una aldeana con un pequeño niño en sus brazos. La figura de la mujer nos parece de cera; con tener expresión, no tiene la suficiente; en cambio, la cara del chico está muy bien modelada y nos recuerda las mejores de los niños del grupo de Marín, artista más delicado y del cual luego nos ocuparemos.



1. RETRATO DE LA SRTA. D.^a CECILIA YURMURY, pintado por Cecilio Pla (premiado con una condecoración de primera categoría). - 2. EN LA LABOR, cuadro de Eugenio Hermoso (premiado con segunda medalla). - 3. EL ÚLTIMO TRIBUTO, escultura de Joaquín Bilbao (premiado con segunda medalla). - 4. EN EL SANTUARIO, cuadro de José Rodríguez Acosta (premiado con segunda medalla). - 5. LA POBLADORA, escultura de Luciano Oslé. - 6. PAISAJE, cuadro de Eliseo Meifrén (premiado con primera medalla). - 7. RETRATO DE MISS K., pintado por Anselmo Miguel Nieto (premiado con 3.^a medalla).

TAPICES PINTADOS POR B. GILI Y ROIG

No es el Sr. Gili y Roig un artista desconocido para los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ni para el público en general; en nuestras páginas hemos reproducido multitud de obras suyas, y en los salones artísticos de nuestra capital y en varias exposiciones se han podido admirar dibujos y cuadros del joven pintor, reveladores de cualidades no comunes para el cultivo del arte á que se dedica.



TAPIZ PINTADO POR B. GILI Y ROIG

Gili y Roig, además de sus felices disposiciones naturales, reúne otras condiciones que le hacen en extremo simpático y recomendable: es modesto y sobre todo es estudioso y tiene una cultura sólida adquirida en sus largos viajes y en sus prolongadas estancias en los centros artísticos del extranjero.

Trabajador infatigable, ansioso de descubrir cada día nuevos horizontes á su actividad, no se contenta con la faena rutinaria, sino que ensancha de continuo la esfera de su acción; pero no se lanza á nuevas empresas sin antes armarse de todas las armas que le aseguren el triunfo, y cuando acomete un género hasta entonces por él no cultivado, lo hace preparándose fundamentalmente, poniendo todos sus talentos y todas sus energías en el estudio de aquello que trata de emprender.

Sólo así se comprende el éxito que ha logrado con los dos tapices que reproducimos adjuntos, primeras obras de esta clase que ha producido. Su composición elegante, su carácter eminentemente decorativo y la amplitud de su ejecución se ajustan tan admirablemente á lo que esta especialidad del arte pictórico exige, que no parece sino que su autor tenga gran experiencia y larga práctica en ese género de pinturas. Trazados con encantadora elegancia, de correcto dibujo y fresco y jugoso colorido, producen una impresión gratísima en primer término por la poesía de que están impregnados y después por el acierto con que el artista ha sabido armonizar las figuras con los árboles y las flores, produciendo un conjunto de exquisita belleza.

Los tapices del Sr. Gili y Roig han sido muy celebrados; á los plácemes que por ellos ha recibido su autor unimos los nuestros más sinceros.—M.

LA VELOCIDAD DE LOS TRENES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los trenes más rápidos de los Estados Unidos son los que van de Camden, pequeña población situada enfrente de Filadelfia, en la orilla opuesta del Delaware, á la estación balnearia de Atlantic-City. Por la línea directa, la distancia es de 90 kilómetros y se recorre en 50 minutos; por la línea de Pennsylvania, el trayecto, aumentado en cuatro kilómetros, dura 54 minutos, es decir, que en ambos casos la velocidad es de 104 y medio kilómetros por hora.

Un tren regular ocupado por los miembros del Congreso internacional de ferrocarriles celebrado hace poco en Washington, que se componía de siete vagones y dos furgones, con un peso total de 410 toneladas, recorrió aquel trayecto con una velocidad de 96 kilómetros por hora, y otros trenes especiales de cinco coches, con un peso total de 211 toneladas, hicieron el mismo recorrido á razón de 121 kilómetros á la ida y de 127 á la vuelta. Estas velocidades excepcionales son, al parecer, las máximas obtenidas en la América del Norte y sólo pueden mantenerse en una distancia corta.

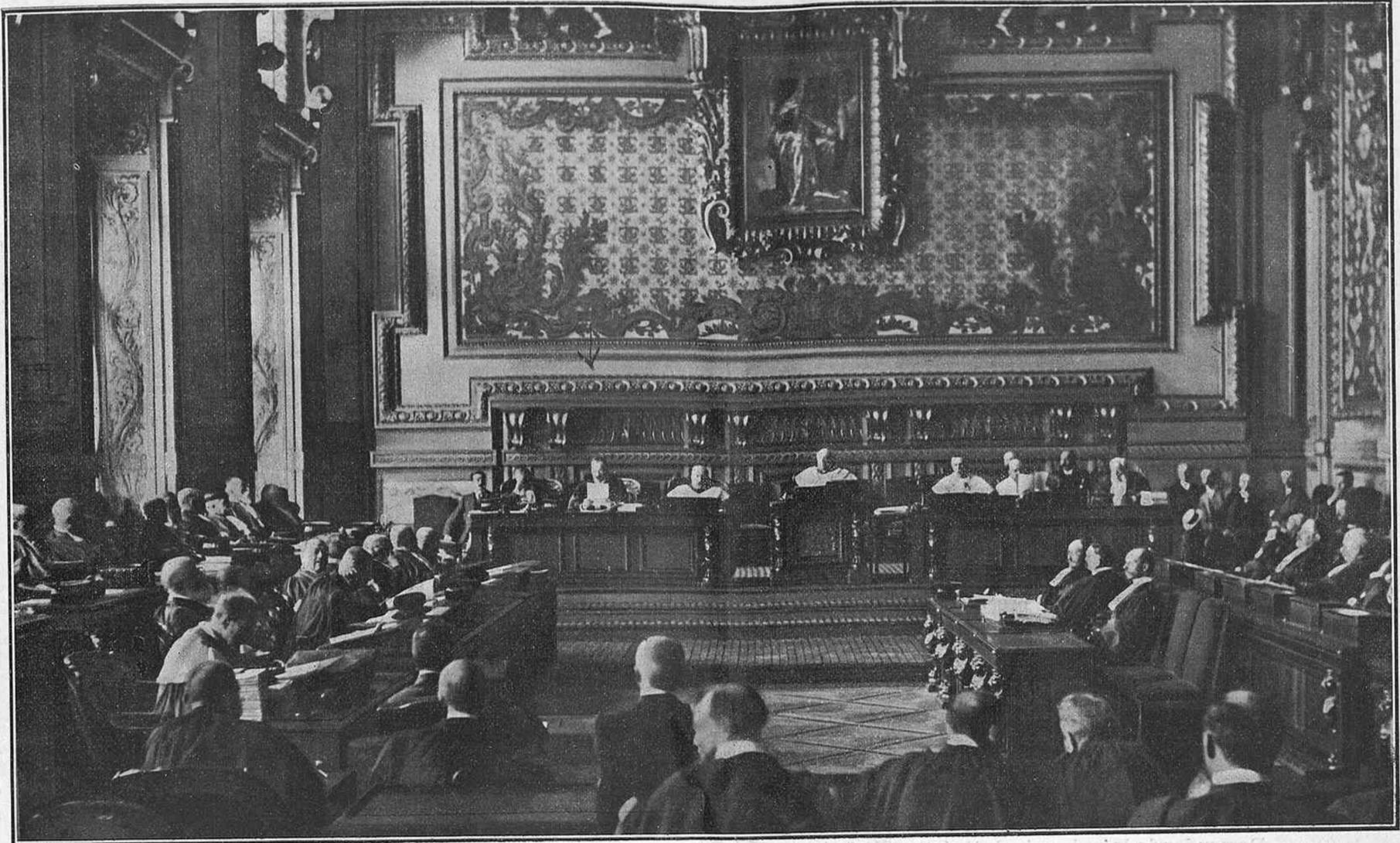


TAPIZ PINTADO POR B. GILI Y ROIG

Los mayores trenes rápidos de largo recorrido son los que van de Nueva York á Chicago; el de Pennsylvania recorre el trayecto, que es de 1.457 kilómetros, en 18 horas, lo que da una velocidad de 86 kilómetros por hora; el del New-York Central salva en el mismo tiempo 1.578 kilómetros, alcanzando, por consiguiente, una velocidad de 87 kilómetros por hora. Téngase en cuenta que esos trenes sólo llevan cuatro ó cinco vagones con un peso total de 200 á 250 toneladas, lo que representa cargas muy pequeñas.

La mayor parte de los trenes rápidos tienen, por el contrario, más peso, pues constan de ocho ó diez vagones, con una carga total de 400 á 500 toneladas. La velocidad comercial de los mismos, es decir, sin deducción de las paradas, no excede de 75 kilómetros; pero la velocidad media de marcha es superior, porque la lentitud de la arrancada, la disminución de la velocidad en las calles y en los puentes y las paradas hacen perder un tiempo no despreciable.

En Francia, el rápido de Calais á París corre con una velocidad media de 81 kilómetros por hora y el rápido de la Costa Azul con la de 78. El más rápido de Inglaterra lleva una velocidad media de 89, recorriendo, sin pararse, en 4 horas y 25 minutos, los 395 kilómetros de Londres á Plymouth.—F.



PARÍS. — LA REVISIÓN DEL PROCESO DE DREYFUS ANTE EL TRIBUNAL DE CASACIÓN. EL PONENTE M. MORAS LEYENDO SU PONENCIA. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

LA REVISIÓN DEL PROCESO DE DREYFUS

Ante el Tribunal de Casación de París se ve de nuevo actualmente este asunto, que tanto apasionó á los franceses hace algunos años. Trátase ahora de la revisión del proceso de Rennes, de 1899, cuya sentencia fué, como es sabido, desfavorable al capitán Dreyfus, á quien un consejo de guerra había condenado en 1894 como traidor á la patria.

El indulto que posteriormente se concedió á Dreyfus no bastó á devolver á éste lo que más estimaba, su honor de soldado y de patriota; de aquí la actual revisión, conseguida tras largos años de grandes y continuados esfuerzos.

Cuando escribimos estas líneas, no se conoce todavía el fallo del Tribunal de Casación; pero á juzgar por el trabajo del ponente, el resultado de los debates será la casación de la sentencia de Rennes, la proclamación de la inocencia de Dreyfus y de que su nombre ha debido figurar desde 1894 entre los de los oficiales más dignos de la estimación de sus jefes y de la confianza de su patria.

La rehabilitación, pues, será absoluta y podrá servir de lenitivo al que durante tantos años se ha visto torturado por los más terribles tormentos.—S.

de los siglos XII y XIII y en la cual están enterrados los reyes noruegos San Olav, Magnus *el Bueno* y Olav Kyrre, ha sido coronado el día 22 de junio último el rey Haakón VII de Noruega.

Al llegar SS. MM. fueron recibidos á la entrada del templo por los obispos de Trondjem, Cristianía y Bergen, el primero de los cuales saludó al monarca con las palabras: «Que Dios proteja tus actos á partir

jefe de la Corte y á su derecha al generalísimo, portabandera del reino. El presidente del Tribunal de Casación y el obispo de Trondjem colocáronle el manto real y el prelado le ungió la frente y las muñecas diciendo: «Que el Dios Todopoderoso te dispense su gracia y te dé la sabiduría, la fuerza y la bondad necesarias para el cumplimiento de tu real misión, de manera que el Santo Nombre de Dios y el derecho y la verdad queden afirmados para el bien y la felicidad del pueblo y del país.»

Después, M. Michelsen, presidente del Consejo de ministros y el verdadero fundador de la independencia noruega, ciñó al rey la corona, el ministro de Negocios extranjeros le entregó el cetro, el de Comercio la manzana y el de la Guerra la espada; á la entrega de cada uno de esos emblemas, el obispo de Trondjem pronunció una corta invocación y bendijo al soberano. Durante la entrega de la espada, los fuertes de la población y los buques dispararon una salva de cuarenta y dos cañonazos. Terminado ese acto, el rey bajó del coro y volvió á sentarse al lado de la reina.

Efectuóse luego la coronación de ésta con el mismo ceremonial, y después de la última invocación del obispo, disparóse una nueva salva.

Mientras se realizaban esas ceremonias, los



EL REY HAAKÓN VII DE NORUEGA, RECIENTEMENTE CORONADO EN TRONDJEM, EN SU DESPACHO (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{as})

CORONACIÓN DEL REY HAAKÓN VII DE NORUEGA

En la catedral de Trondjem, el monumento gótico más notable de Escandinavia, cuya construcción data

de este día y hasta la eternidad.» Formado después el cortejo, entró éste en la catedral y los reyes se sentaron en los tronos dispuestos en el centro del templo; el obispo de Trondjem recitó una larga plegaria y Haakón VII subió al coro y ocupó el trono levantado frente al altar mayor, teniendo á su izquierda al

coro y la orquesta ejecutaron una cantata compuesta ex profeso por el notable compositor noruego Juan Halvorsen.

El presidente del Storting declaró terminada la ceremonia y los reyes regresaron al palacio entre las aclamaciones del pueblo.—R.



Remendando la red, cuadro de María Camerón-Gelón



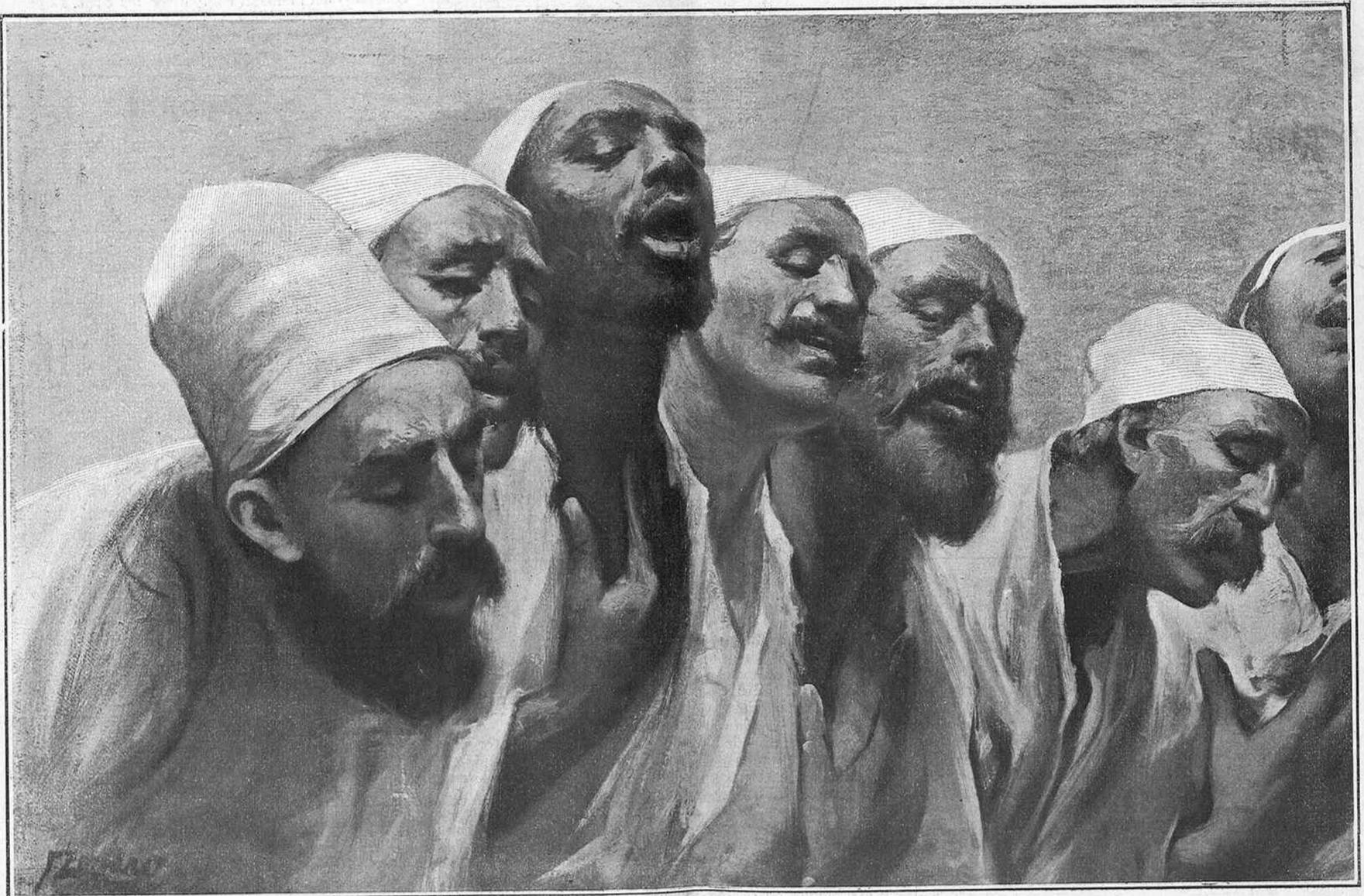
En el taller del pintor, cuadro de Edgar S. Camerón



En visperas de exámenes, cuadro de José Pinazo



En alta mar, cuadro de sir J. E. Millais. (Galería Nacional de Arte Británico de Londres.)



Derviches aulladores, cuadro de Fausto Zonaro. (Exposición de Milán.)

TELÉFONO AUTOMÁTICO SISTEMA LORIMER

El actual sistema telefónico, en medio de sus inmensas ventajas, adolece de algunos inconvenientes, de los cuales no es el menor el que un abonado, para ponerse en comunicación con otro, necesite recurrir á la central, que sirve de intermediaria entre ambos. Este procedimiento, aparte de la pérdida de tiempo que supone, es expuesto á equivocaciones y aun á indiscreciones lamentables, y el temor de que una conversación pueda ser sorprendida casual ó expresamente por tercera persona, hace que no siempre pueda confiarse al teléfono aquello que quisiéramos que sólo fuese oído por una persona determinada.

Al remedio de esos inconvenientes responde el teléfono automático inventado por dos norteamericanos, los hermanos Lorimer, que suprime los intermediarios y pone á dos abonados en comunicación directa.

El aparato (figura 2) consta de dos mitades, cada una de las cuales sirve cien abonados. En la parte inferior, á la izquierda, se ve un motor eléctrico que por medio de ruedas dentadas mueve un árbol; éste mueve una serie de ejes que á su vez transmiten el movimiento á un cierto número de tambores (cinco cada uno). La energía eléctrica necesaria la proporciona una batería de acumuladores. A la izquierda de los tambores hay varios discos de distintas formas que hacen las veces de los empleados de teléfonos, pues unos registran el número pedido, otros establecen la comunicación, otros avisan al llamador cuando la comunicación está establecida y otros, por último, señalan las averías del aparato.

Sería largo dar una descripción minuciosa de ese ingenioso aparato, en parte complicado y en parte sencillísimo; además, toda descripción sería insuficiente para que nuestros lectores se formaran de la máquina una idea exacta que sólo puede conseguirse viendo aquélla en funciones.

La figura 1 reproduce el aparato transmisor. En la parte superior del mismo hay cuatro anillos móviles, cada uno de ellos con los números necesarios para formar el del abonado con quien se desea comunicar. Una vez puesto el número correspondiente, se da un cuarto de vuelta hacia la derecha á la llave que se ve en la parte inferior, y por este medio se efectúa la llamada al aparato automático. En cuanto se da vuelta á esa llave, comienza á moverse la aguja situada encima de ella y que en un tiempo de uno á cuatro segundos da una vuelta completa al disco á cuyo alrededor se mueve. Durante este movimiento, el aparato central ha transmitido el número de aquel á quien se llama, y entonces el abonado llamador descuelga el auditivo y oprime un botón que hace sonar el timbre del otro abonado, quedando entonces establecida la comunicación.

El aparato no sólo establece la comunicación, sino que además *almacena*, por decirlo así, las llamadas cuando se producen varias simultáneamente, poniendo las respectivas comunicaciones por el mismo orden en que las llamadas se han hecho, sin necesidad de llamar de nuevo. Su mecanismo es tan

otros dos en los cuales se ven representadas las mujeres y los hijos de los mineros. La composición total es hermosa, así por la idea que en ella ha presidido, como por la ejecución, de la

Fausto Zonaro, han servido seguramente para que nuestros lectores hayan podido apreciar las relevantes cualidades del pintor del sultán de Turquía, á quien tanto debe el arte en aquel país. La que reproducimos, *Derviches aulladores*, magistralmente ejecutada y que con justificado motivo llama la atención de los visitantes en la actual Exposición de Milán, representa un grupo de fanáticos derviches en el paroxismo de su misticismo exagerado, ya que después de entregarse á violentos ejercicios prorrumpen en gritos con toda la fuerza de sus pulmones, hasta que rendidos y extenuados caen en el suelo cual masas inertes, creídos que se transportan al soñado paraíso.



TELÉFONO AUTOMÁTICO SISTEMA LORIMER. - Fig. 1. Aparato transmisor (De fotografía.)

que da perfecta idea el fragmento que reproducimos, trazado con un vigor y un espíritu de observación admirables. *Remendando las redes* y *En el taller del pintor* son dos no-

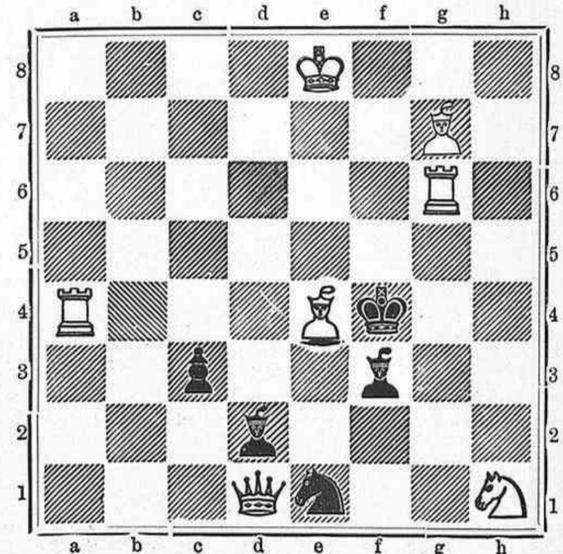
blemente por el Sr. Icart, que obtuvo entusiastas aplausos.

Asociación Musical de Barcelona. - Las dos sesiones de *música de cámara* dedicadas á Mozart y celebradas en el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes, han sido en extremo interesantes. En ellas ejecutaron varios cuartetos del inmortal compositor los Sres. López Naguil, López Casals, Ribas y Raventós, que fueron objeto de justas ovaciones por la magistral interpretación que dieron á todas las piezas de los programas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 430, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

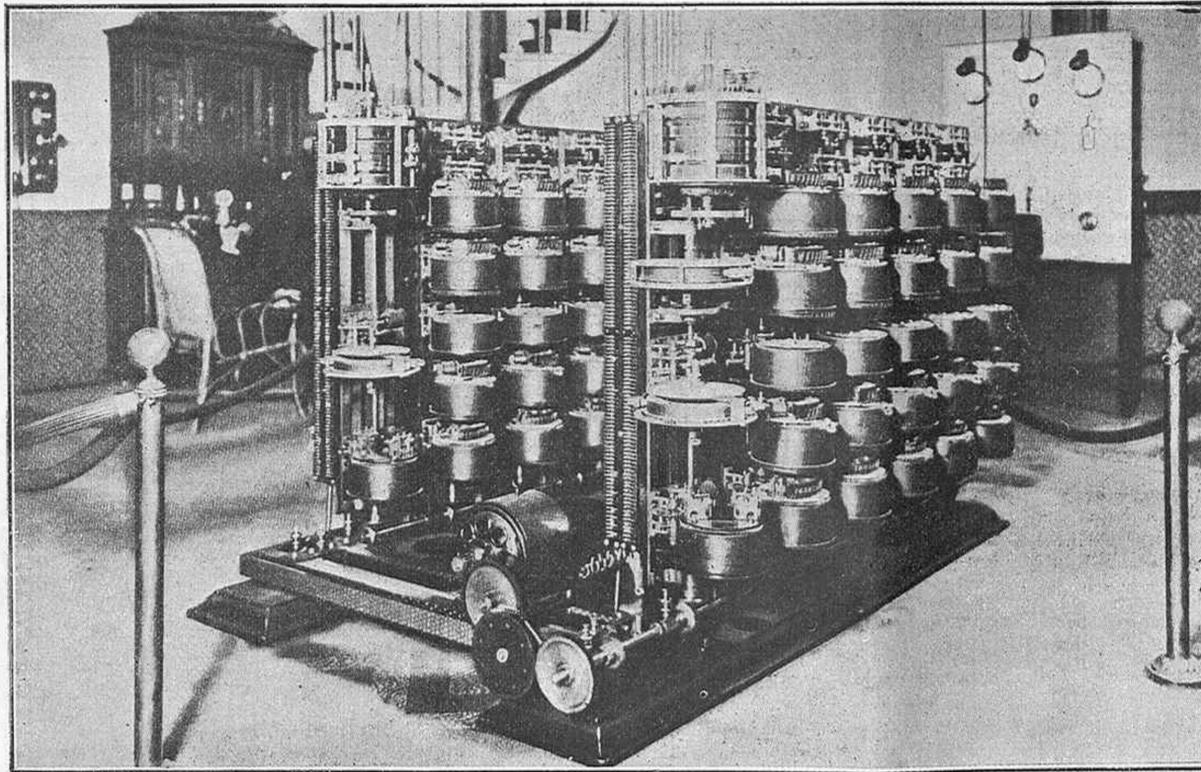
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 429, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. e6-e7 | 1. Re5-d6 |
| 2. Dc3-c7 jaque | 2. Rd6xc7 |
| 3. Cd4-b5 mate. | |

VARIANTES

- 1.... Re5-f4; 2. Cd4-e2 jaque, etc.
 e4-e3; 2. Dc3xe3 jaque, etc.
 Ah5xg4; 2. Dc3-c5 jaque, etc.
 Cf3xd4; 2. Dc3-c7 mate.
 Otra jug.^a; 2. Cd4-e6 jaque, etc.

BOUQUET FARNESE VIOLET 20^a des Italiens.



TELÉFONO AUTOMÁTICO SISTEMA LORIMER. - Fig. 2. Aparato central. (De fotografía.)

perfecto que cuando ocurre una avería en uno de los tambores, no sólo da aviso de ello al inspector señalando el punto en que la avería ha ocurrido, sino que automáticamente entra en funciones el tambor siguiente; los tambores funcionan sucesivamente por turno á fin de que ninguno de ellos se estropee prematuramente; cuando hay muchos tambores funcionando á la vez, por ser muchas las llamadas, la corriente misma busca y encuentra el primer tambor que hay libre, y si ocurre un cruce, el aparato da la señal de alarma y avisa á los abonados cuya comunicación ha quedado interrumpida.

Los hermanos Lorimer han trabajado quince años en su aparato y lo tienen en su despacho de la galería Vivienne, de París. El gobierno francés se propone ensayar ese sistema instalando aparatos en algunas pequeñas ciudades.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 425, 432 y 433.)

El lienzo *En las minas de Anzin* es el cuerpo central de un tríptico del celebrado pintor francés L. Jonás, que completan

tas sumamente sentidas; la segunda es del pintor norteamericano Edgardo S. Cameron; la primera, de su esposa María Gelón, de origen francés. Ambos artistas son muy estimados, no sólo en los Estados Unidos, sino también en París, en cuyos salones han expuesto varias veces con no poco éxito. La señora Cameron-Gelón es una notable retratista.

Digno continuador de su padre y maestro es el pintor valenciano José Pinazo, quien en Roma, adonde le condujo el deseo de completar sus estudios artísticos, ha dado muestra de sus recomendables aptitudes, produciendo obras tan estimables como *En vísperas de exámenes*. El artista, sin renunciar á esa gama característica de la escuela valenciana, ha procurado ajustarse á los cánones modernos, prefiriendo la simplicidad á los efectismos, reveladores de habilidades de procedimiento, pero jamás de tendencias sanas y razonadas.

Nada hemos de decir en elogio del gran pintor inglés sir John E. Millais ni de su bellissimo cuadro *En alta mar*; trátase de uno de los grandes maestros ingleses, de los que han entrado ya en la categoría de los indiscutibles, y de un lienzo que se considera entre los mejores de su autor. Hechas estas dos afirmaciones, ocioso ha de ser insistir sobre los talentos del artista y sobre las excelencias de su obra.

Las varias obras que hemos publicado del excelente artista



... á sentarse á la mesa del guarda, á charlar con él y con las mujeres (pág. 421.)

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

José se volvió á paso largo hacia el pabellón; y en medio del camino encontró á su madre extática, con los ojos cerrados, los brazos caídos y el cuerpo vibrante y sacudido por escalofríos, al oír aquel ruido que venía del otro, de él...

De este modo, en las dos vertientes de la colina, la tocata del castellano hacía salir á la gente de sus casas; pero si de un lado se tendían los brazos, del otro se apretaban los puños...

Las dos trompas continuaron su diálogo de cobre á través del espacio.

II

Un día estaba Antonieta mirando á su hijo. Hacía algún tiempo que se sumía con frecuencia en profundas reflexiones, de las cuales era él el objeto.

Jacobo echó de ver aquel examen y se aproximó sonriente.

—Y bien, mamá, ¿qué hay en mí de nuevo?

La madre movió la cabeza y sonrió á su vez...

—Nada desde ayer ni desde hace meses. ¡Pero hay tanto nuevo en mí, respecto de ti, hace años!

Jacobo acercó una silla y se sentó á su lado.

—Otra vez tus frases enigmáticas... Nunca quieres responder á mis preguntas; ¿lo harás hoy?... ¡Eal, ya te estás negando... Y sin embargo, tengo derecho á saber. Es verdad que hay una gran diferencia entre la madre que eras y la que eres hoy. Cuando era yo niño, no me gustaba mucho la atmósfera de tu cuarto. Pero entonces estabas mala y ahora estás curada. No veo en todo eso nada que no sea físico...

Antonieta puso en el brazo robusto de su hijo su mano fina, larga, blanca y surcada de venas de un azul pálido.

—Oye; todo lo que dices está bien y estoy contenta de oírte. Disculpas mi pasado, tan triste para mí y tan triste para los demás... Pero tú no sabes, no puedes saber...

Se calló, como si de nuevo hubiera caído en el

misterio. Jacobo hizo un gesto de desaliento que quería decir:

—Puesto que no hay medio de hacerte hablar...

La hora era tranquila; una mañana de otoño muy dulce; una ligera bruma empenachaba los árboles del bosque y algunos tonos de precoz rojizo cantaban aquí y allá en el espesor de los verdes oscuros. De la tierra húmeda de la llanura subía un aliento tibio. El viento era suave; nada había excesivo, ni brisa, ni lluvia, ni frío; daba gusto vivir.

La de Valroy, después de un largo silencio de recogimiento, siguió diciendo con su voz siempre lenta:

—Acaso hiciera mejor diciéndotelo todo, porque debes de guardarme rencor...

Jacobo protestó con una exclamación:

—¡Oh!

El joven se había hecho más sensible y mejor en el curso de sus viajes, durante los cuales había podido echar de menos su casa y juzgar así su verdadero precio.

—Sí, debes de guardarme rencor, porque he sido una mala madre..., así como una mala esposa; pero en esto había más razones.

Calló de nuevo con la cara doliente y un poco contraída.

—¡Bah!, dijo Jacobo levantándose; quédese esto aquí. Se ve que este asunto te es penoso y te fatiga; bastante hemos hablado hoy; más adelante, si quieres, trataremos este asunto.

La madre le retuvo.

—No, quédate... Es preciso. Hace mucho tiempo que vacilo, pero es verdad que tienes derecho de saber..., porque ahora eres un hombre. Cuando naciste, tu vida estuvo á punto de costarme la mía; tu nacimiento me ha dejado enferma para el resto de mis días. ¿Pero acaso una madre cuenta sus sufrimientos? Si no hubiera habido más que esto, hubieras sido el niño más querido de Francia. Lejos de eso, te he separado... ¿Por qué?

Jacobo la miró y repitió como un eco:

—¿Por qué?

—Ahora puedo decírtelo, puesto que los sucesos desmienten todas las estúpidas imaginaciones de mi juventud preocupada; porque la dicha entra ahora aquí á raudales, como el sol, por todas las puertas y por todas las ventanas. Porque serás amado—ya lo eres—y vivirás largos días rodeado de ternura y en la prosperidad. Esto es lo que te espera; lo demás es locura...

Antonieta se exaltaba demasiado; en el momento en que arrojaba el pasado al olvido con un movimiento voluntario, volvía á caer un poco en su antigua fiebre de los malos días.

—Gracias, madre mía, dijo el joven; esas son hermosas profecías...

Antonieta se estremeció al oír esta palabra.

—Profecías... Justamente hace quince años hacía otras. Entonces te consideraba como un ser destinado de antemano á los destinos trágicos, un objeto de horror para los tuyos; y por eso te tenía miedo, por eso te alejaba... ¿Comprendes?

Le atrajo hacia ella y le contempló de cerca repitiendo:

—¿Comprendes?

—No muy bien, lo confieso, respondió el joven dejándose atraer; ¿por qué estaba así destinado á las Furias?

Antonieta se volvió á recostar en su butaca.

—¿No sabes, pues, la historia de tu familia?

—Sí, los Valroy, en 1415...

—Deja eso. Los Reteuil...

—Perfectamente; los Reteuil, en 1623...

Jacobo bromeaba, y ella le interrumpió:

—Eres insoportable. Esos están muy lejos... Más cerca, más cerca...

Bajó la voz y dijo muy bajito:

—Mi padre, por ejemplo...

—Tu padre, dijo Jacobo sin la menor aprensión, era un original que se aburría de vivir. Hizo mal, pues no tenía, al menos según se dice, ningún disgusto serio.

—¡Ah!, murmuró la condesa; ¿y su padre, tu abuelo? Jacobo no vaciló para responder á esta pregunta más que para la primera.

—Su padre valía más. Un valiente soldado que conspira por su emperador, que ve que todo se viene abajo y que se mata ó se hace matar... Eso es glorioso. ¿Te avergüenzas de ello?

—Se mató...

—Hizo bien; en aquel tiempo la vida no tenía importancia.

—¿Entonces no ves nada?

—Nada, lo confieso; nada que pueda indicar que el descendiente de este hombre está fatalmente designado á la mala suerte.

—¿No crees en la herencia, en el atavismo, según se dice?

Antonieta se animaba.

—¿No crees que he podido, que he debido transmitirte su sangre con la mía? Existen todas las razones para creerlo; y con su sangre van su manía y su locura de suicidio.

Jacobo se quedó como asombrado.

—¡Ah! ¿Es eso?

Reflexionó un momento y decidió en conciencia.

—No, madre. En primer lugar, ¿por qué he de tener más de Reteuil que de Valroy? Y entre éstos, ¿por qué de los últimos y no de los primeros, que eran buenos vividores á quienes gustaba comer caliente y beber frío? No creo en nada de eso, te lo juro, y vuelvo á decirte que has estado enferma y que la enfermedad ha sido la que ha creado esos malos sueños. Sin la enfermedad no los hubieras tenido. Te curas y desaparecen. Es lo lógico y lo razonable.

Antonieta no insistió, sintiéndose muy feliz al estar aún más convencida y confirmada en sus nuevas creencias y en un porvenir de felicidad. Hubiera podido decir, sin embargo, que sus temores databan de mucho más lejos de lo que él creía, de su primera juventud. Pero ¿para qué? Antonieta cedió.

Por otra parte, el joven acabó de entusiasmarla con otra canción triunfal:

—No, madre mía; á pesar de los abuelos, no se piensa en el suicidio, y por el contrario, se ama la vida y se agarra uno á ella cuando se tienen, como yo, veinte años, padres muy queridos, tierras al sol, oro en los Bancos, castillos, granjas, campos y bosques, un hermoso nombre, fuerza, salud, y ante todo, el amor de Arabela... Ahí la tiene usted, madre, que viene á reír con nosotros...

Como se ve, Jacobo estaba cambiado.

La encantadora apareció, radiante con todas las admiraciones recogidas en el camino; su encanto inefable y su gran belleza habían vencido la malevolencia y la maledicencia; ahora todo el mundo la festejaba y los niños y los animales iban á ella. Bella estaba rodeada de simpatía, de elogios y de cariño.

Estaba radiante.

¿Cómo no iba á ser buena, no recibiendo de todos más que homenajes y cumplimientos? ¿Era buena?..

Entraba en su casa libre y sabiendo que tenía todos los derechos y ningún deber. Ciertamente, era una gracia viviente, una emanación de la bondad celestial ó bien una criatura diabólica, espléndidamente nefasta; y aun así, era natural que se la amase todavía.

Hay mujeres de esas, que arrebatan los corazones, vuelven las cabezas, hacen el vacío, acaparan, devoran, arruinan... y pasan. El único consuelo del hombre que las contempla es pensar que el tiempo vengará á las víctimas. Las horas del encanto son breves, pero el relámpago es también rápido, y ha lucido, brillado y abrasado.

Arabela jugaba con Jacobo; ese era su placer.

Algunas veces se callaba en medio de una frase para considerarle como un fenómeno grotesco, con despreciativa piedad; ó bien se le reía en sus barbas, y era que, en aquellos momentos, pensaba sencillamente con qué candor se dejaba engañar por ella aquel mocetón sanguíneo, de largos bigotes, que la hubiera matado de un papirotazo; era que se admiraba á sí misma en su doblez y se aplaudía por desempeñar tan bien su papel de perfidia.

Era preciso que embrujase á toda aquella familia hasta el punto de volverla ciega, sorda é indiferente á todo lo que no fuese miss Bella. La hija de Godofredo lo lograba maravillosamente y sin ningún esfuerzo.

¿La señora de Reteuil? Pobre alma de anciana siempre satisfecha de haber descubierto á los Carmesy... La buena señora seguía gloriándose de ello de la mañana á la noche.

¿El conde Juan?.. Al pensar en este nombre aumentaba el regocijo de Arabela. El conde estaba un poco turbado; la prometida del tonto de su hijo le gustaba á él más de lo regular... Sí, acaso...

Cuando la perversa, la cruel, se divertía en tratarle

como suegro, las finas facciones de aquel antiguo aficionado á mujeres, que se suponía cansado de todo, se torcían á veces con una expresión de despecho que llegaba hasta el sufrimiento.

No tenía cincuenta años, estaba más envejecido que viejo, y en ciertos días, cuando ella le rozaba de cerca, sus ojos se ponían extraños... En todo caso le era adicto hasta la muerte... Eso sin discusión.

¿La condesa Antonieta? Muñeca descompuesta, cuyos muelles habían sido arreglados por la marquesa, quería entrañablemente á Ollencourt, y sobre todo, á su futura nuera, cuya presencia, decía, le iluminaba el alma.

¿Quién todavía? ¡Ah! Jacobo... El vizconde estaba anulado. No era ya un hombre; no era un ser pensante y activo, sino un autómata del que ella era el resorte, un reflejo del que ella era la llama.

Durante sus largos viajes por los países extranjeros, ella le había seguido, siempre presente. Era aquella la toma de posesión más completa que se pudiera imaginar. Esa naturaleza de niño más bien brutal, y sobre todo egoísta, había sido modificada de arriba á abajo y cambiada fundamentalmente.

Si no hubiera encontrado en su camino á Arabela, es de suponer que hubiera sido él también un noblezuelo de provincia, que se hubiera comido sus bienes en París ó hubiera vivido lastimosamente en su tierra entre una botella de vino y las faldas de una criada, hasta tomar mujer, para perpetuar, como era necesario, su augusta estirpe.

Por orden de una muchacha, se había marchado á la conquista de los mundos y se había instruido en el camino. Era posible que los que así le expedían á lejanos países tuvieran malos designios, pero el resultado inmediato y práctico había sido bueno.

El que se marchó era un niño nervioso, voluntarioso y rebelde, y el que volvió era un hombre reflexivo y ponderado.

En un solo punto no había variado; el único equipaje que se llevó y trajo á su vuelta en el corazón fué el amor inmutable de Arabela.

El marqués podía dormir tranquilo; sus planes estaban bien guardados... Nadie hubiera pensado en Valroy en dudar de un Carmesy.

Aunque las apariencias hubieran sido menos dichosas, el deslumbramiento causado por la gran heroína hubiera impedido distinguir bien á los comparsas. Pero esos comparsas, particularmente, eran irreprochables.

—Jacobo, dijo Arabela—no le llamaba ya Djek, pues había renunciado hacía mucho tiempo á sus entonaciones exóticas—Jacobo, hoy es la peregrinación á Santa Margarita... ¿Vamos?

El joven se entusiasmó. Solamente ella podía tener esos lindos pensamientos y esas atenciones delicadas.

Era una capilla abandonada en el bosque y muy antigua, á la que iban una vez al año los mozos y las mozas en procesión; los que allí se prometían estaban siempre unidos y, por consiguiente, eran dichosos.

Aquella costumbre antigua seguía existiendo; pero los fieles iban siendo cada vez menos numerosos.

—¡Que si vamos! ¿Adónde no iría yo con usted? Arabela sonrió y le interrumpió con un ademán...

—Sí, sí, ya sé.

Y añadió después:

—¿Cómo, á caballo ó en coche?

—En coche es más cómodo; el lacayo nos guardará allí más fácilmente un caballo que tres.

—Como usted quiera...

La joven era todo dulzura y todo amenidad; Antonieta la admiraba y los animaba.

—Id, hijos míos, id; no tengáis reparo.

Pero ellos no la oían y estaban ya en las cuadras. En diez minutos estuvo pronto el coche.

—¿Guía usted, Bella?

—No, usted.

La joven renunciaba ya á usurpar las funciones masculinas y no era más que mujer, pero lo era deliciosamente.

Tomaron por la avenida y salieron al camino y al bosque. Las ruedas marchaban sin ruido por los musgos, hundiéndose un poco. Un cuervo graznó en un árbol; un conejo cruzó por un claro.

—Se está bien, dijo Jacobo, respirando á plenos pulmones.

Era la confesión de una dicha perfecta. El vizconde dejaba las riendas flojas y el caballo al paso para ir lentamente, como si hubiera dependido de la suya la rapidez del tiempo.

Bella, burlona, estuvo conforme como siempre.

—Sí, no se está mal... Hay personas que son más de compadecer que nosotros.

El vizconde se volvió hacia ella. Su ancho cuerpo parecía enorme al lado de aquel fino talle; su fuerza le inspiraba cierta necesidad de protección.

—Querida Bella, murmuró, ¿qué dice usted? Nos-

otros somos los privilegiados, los dichosos de la vida... Algunas veces esta idea me da miedo y me pregunto por qué he nacido, qué he hecho yo para nacer en un medio de fortuna, de distinción y de elegancia...

¡Si Berta hubiera podido oírle!

—¿Con qué derecho lo tengo todo, y, sobre todo, su amor de usted, no habiendo hecho nada para merecer esa dicha y cuando tantos otros, que valen más que yo, no recogen en su camino más que miseria, humillaciones, eternos sufrimientos y eternos rencores?

Bella se puso alegre.

—Eso, querido, es filosofía ó algo que se le parece. Si me trae usted al bosque para tratar los grandes problemas, confieso que estoy mal preparada. Déme usted tiempo para reflexionar si quiere que le conteste.

Jacobo se encogió de hombros, tocó al caballo con la punta del látigo y el coche salió al trote. Medio risueño y medio ofendido, replicó:

—Siempre la misma...

—¿Le desagradó á usted?

—¡Oh! No.

Salieron de la arboleda para entrar en la llanura; el camino atravesaba tres kilómetros de campos antes de volver á entrar en el bosque; á los dos lados, la tierra gris estaba erizada de duros barbechos; acabado su trabajo de la estación, la tierra estaba reposando.

Al ruido del coche se levantaban pesadamente bandadas de cornejas, y algunas veces, una perdiz iba á refugiarse cincuenta pasos más allá, después de haber saltado de un surco.

De repente, á lo lejos del camino, se interpuso una masa, primero confusa y después más distinta; un grupo de jinetes venía en sentido contrario.

A pesar de su imperturbable serenidad acostumbrada, miss Bella palideció ligeramente bajo su velo. Había reconocido á los que llegaban.

Era la cuadrilla de los jóvenes granjeros Piscop y Grivoize; Gervasio, Anselmo, Timoteo, Antonín é Hilario, que á cien pasos ya se burlaban, la mirada de reojo, todos iguales con su expresión de enfado y sus anchas mandíbulas salientes en una mueca bestial.

Lentamente y como obrando en virtud de un derecho inconcuso, Gervasio Piscop se puso á la cabeza del pelotón. Los otros cuatro alinearon detrás de él los caballos en fila. Y en este orden miraron venir del coche.

El vizconde, erguido en su asiento, olió al enemigo. Sin saber por qué, aquellos mozos crecidos, que seguían siendo niños por su inteligencia, le atacaban los nervios; su saludo hipócrita, iniciado de mala gana, le ponía rabioso. Tenía la certeza de que aquella familia odiaba á la suya y á él muy particularmente, y los despreciaba por completo. Para él seguían siendo unos paletos á pesar de su disfraz de caballeros campesinos, y olían á estiércol y á cuadra. Si tenían tierras y dinero, mejor para ellos... Ciertamente que sus caballos eran más hermosos y, acaso, mejor cuidados que los del castellano; pero ¿qué tenía de particular, puesto que los cuidaban ellos mismos? Eran palafreneros en el alma, y bueno era que sirviesen para algo.

El coche pasó por delante de los jinetes, los cuales, con el mismo movimiento automático, se acercaron el látigo de caza, aquel látigo que no les abandonaba, al ala del sombrero, mirando única y fijamente á la señorita de Carmesy, para indicar que era á ella sola á la que saludaban y que sólo á ella se dignaban conocer.

Jacobo comprendió; sus ojos echaron chispas, su cara se inflamó, y el joven, restañando el látigo, dijo en las barbas de aquellos brutos una sola palabra:

—¡Paletos!

Entonces les tocó á ellos ruborizarse; sus caballos piafaron asustados por el látigo del vizconde, y el ruido cubrió la respuesta que debieron de darle.

—Compadre, dijo Anselmo á su hermano, tu dulce amiga corre por los campos con tu señor... Decididamente no tendrás más que sus restos.

—Cállate, dijo Gervasio, no es este el momento de hacerme cosquillas...

Pero Hilario no quiso dejar tan pronto su broma, y siguió diciendo:

—¡Bah! ¿Sabes adónde van? A Santa Margarita, á poner un cirio cándidamente... Ya ves que Dios está con ellos.

Gervasio quiso dar una bofetada á su primo; pero éste, listo como un mono, esquivó el golpe echándose rápidamente sobre el cuello del caballo, y siguió riéndose á carcajadas mientras ponía tierra por medio.

—Sí, es verdad, afirmó Antonín, es el camino de Santa Margarita.

Pero Timoteo, que veía palidecer á su primo, pensó que la broma había durado bastante y dijo en tono de conciliación:

—¿Qué prueba eso? Nada. Aunque fueran á la capilla y pusieran tres cirios, ya nos ha dicho Godofre-

do que su hija tenía que representar la comedia. No es cosa de quererla mal porque la representa á lo vivo. Todo eso lo hace por vuestro interés; hay que engañar á la gente sin dejarla abrir los ojos. Nos los comeremos, y nuestra mejor aliada es la pequeña Carmesy... Sin ella, los del castillo no estarían tan ciegos.

Y mostró los tejados de Valroy entre una masa de árboles.

—Gracias, Timoteo, dijo Gervasio. Tú eres razonable y dices la verdad. Déjalo; que ya vendrá mi día... Se animó y añadió con los dientes apretados:

—Los paletos tendrán su desquite... Señor vizconde, nos veremos.

Soltó entonces las riendas, dió un espolazo y salió al trote largo; los demás le siguieron.

El diálogo entre Arabela y Jacobo se resintió también del incidente y se hizo más vivo que de ordinario. El joven, por excepción, emitió algunas opiniones personales y contradictorias. Primero dijo:

—Es intolerable... Esos harapientos que, hace quince años, corrían descalzos detrás de nuestros coches para mendigar cinco céntimos, nos desafían ahora y hasta nos insultan, pues hay miradas que son ultrajes... Todo esto acabará mal... Si hubiera estado solo...

Bella le interrumpió.

—Acaso no esté usted en lo cierto, Jacobo. ¿No tienen derecho todos los hombres á pasar por el camino, á edificar una casa, á vivir en ella y á tratar de mejorar su porvenir?

—Es posible, dijo el joven sordamente; pero éstos no han hecho nada; sus padres han trabajado y siguen humildes, pero la simiente crece insolente, lo invade todo como la mala hierba, y habrá que segarla.

Bella se encogió de hombros.

—Esos tiempos se acabaron, Sr. de Valroy; esa gente vale tanto como usted.

—¿Es usted la que dice eso?

—Yo misma. Son lo que eran, sin duda, sus padres de usted hace trescientos años.

—Y los de usted hace mil.

—Ya es más lejos, después de todo... No se puede saber...

—El tiempo importa poco en este asunto y con tanto remontar se dicen tonterías. Lo que hay que considerar es la hora presente. Doy á usted las gracias por sus apreciaciones.

Bella sostuvo su opinión, obstinada, á pesar de la amargura de las palabras de Jacobo y á pesar de ver irritado, acaso por primera vez; la sostuvo en toda conciencia y en toda libertad de pensamiento, pues en este instante preparaba el porvenir; estaba excusando sus actos futuros ante aquel que, más adelante, se creería con derecho á juzgarla y á condenarla.

—Vamos á ver, Jacobo, ¿qué diferencia notable encuentra usted, excepto una que se puede subsanar, que es la educación?... Son unos jóvenes sanos, robustos, un poco huraños, pero le aseguro á usted que nada feos; usted no los ha mirado bien.

—Muchas gracias... Todo lo contrario.

—Se lo aseguro á usted... Han ido á la escuela y han aprendido lo que han podido. Son groseros, es cierto; pero concédales usted cinco años de permanencia en París, en Londres, en Berlín ó en Viena, déles usted un amigo, una mujer si usted quiere, que hable bien, que sepa un poco, que les vigile y les advierta cuando sea necesario, y al cabo de esos cinco años serán perfectos caballeros que volverán aquí y usted será el primero en acogerlos.

—¿Yo? No, por cierto... Además, esa proposición cae por sí misma, puesto que esos cinco brutos no aprenderán en cinco años ni cinco palabras y seguirán siendo asnos como hasta aquí. A esa especie hay que tratarla con el látigo.

La joven se volvió vivamente; aquellas palabras la herían, ella sabía por qué. Murmuró, sin embargo, páfida y dulce:

—Son robustos... El mayor de los Piscop...

El vizconde de Valroy dió un salto de cólera é imprimió al mismo tiempo tal sacudida al freno del caballo, que éste dió una brusca huída, pronto reducida de un latigazo.

—Son robustos... para partir terrones ó para llevar sacos. ¿Qué es lo que ha hecho el mayor de los Piscop, puesto que los conoce usted tan bien?

Bella tomó un aire indiferente, advertida por esta última frase de que era imprudente ó, por lo menos, inútil insistir demasiado.

—Yo no sé... Se dice—yo no lo he visto—que derriba un toro de tres años por los cuernos...

Jacobo se echó á reír, pero con una risa forzada.

—¿Usted cree eso? Los únicos que lo han visto han sido unos borrachos, á no ser que lo estuviera también el toro... Disparates... Que tengan cuidado todos ellos, porque si los encuentro un día estando

solo, los paso revista y le garantizo á usted que ninguno hace un gesto.

—Puede ser; dijo la joven mirando á las nubes y con cara enigmática.

Jacobo se incomodó más aún.

—¿Cómo que puede ser? He aprendido el box en Londres, el palo en Nueva York, el sable en Berlín y la espada en Francia; creo que basta.

Entonces, sencillamente y por el solo placer de la impertinencia, Bella replicó sin alzar la voz y como cosa natural:

—Ellos tienen su látigo.

Jacobo la miró de reojo y no supo qué responder; estaba estupefacto. Por fin balbuceó:

—Vamos á ver, Arabela, ¿qué tiene usted hoy? ¿Es conmigo con quien está hablando?

Bella, nerviosa, le cortó la palabra; todo aquello la molestaba.

—Jacobo, bastante hemos hablado de esto; es usted el dueño del país, está convenido; maltrate usted á sus siervos, pero déjeme á mí en paz; yo soy hija de noble.

El joven se resignó, temiendo ante todo el descontento de su prometida.

—Como usted quiera...

El camino continuó en silencio. La discusión no había probado nada.

A derecha y á izquierda, por los senderos de travesía, desembocaban grupos de mozos y mozas que iban también á la peregrinación; algunas veces pasaban parejas solitarias más graves, más humanas y más enamoradas, hablándose muy bajo con gran fe en la vida, en su amor y en santa Margarita.

Oíanse canciones y no cánticos, pues era la fiesta un poco pagana, y esas canciones jalonaban el camino repartiéndose por el bosque.

El coche rodaba de nuevo bajo la arboleda y por una tierra húmeda llena de profundas rodadas. Jacobo sostenía el caballo, pero á cada instante una rueda se metía en el surco y la sacudida arrojaba á los dos viajeros el uno sobre el otro. Los dos se reían y este incidente les devolvió la tranquilidad.

Cuando llegaban á la colina en que estaba situada la capilla, se cruzaron con una pareja que volvía; los dos tenían los ojos brillantes y la cara satisfecha y avanzaban en silencio cogidos de la mano.

Saludaron al pasar y les fué devuelto el saludo. Eran Clara y José. Los dos hermanos de leche se habían encontrado y no habían cambiado ni una palabra.

Una vez más, la justicia clamó al cielo ante aquel contraste monstruoso. Pero el cielo es muy grande y la justicia no grita fuerte. Además se reservaba para otra ocasión.

Acaso Jacobo no había conocido siquiera á José... ¿Qué importaba por otra parte? Clara dijo al ver la brillante pareja:

—También ellos van como nosotros...

—¿Por qué no?, respondió José, pero es más por diversión que por creencia. Conozco á Jacobo, y no cree más que en sí mismo. En cuanto á la señorita, habla más á menudo con el diablo que con los ángeles.

Clara, muy cándida y un poco simple, se quedó asombrada.

—Es muy linda, sin embargo...

—No importa; si todos los malos fuesen feos sería preciso que los buenos tuviesen lindas caras... Y sería demasiado fácil el conocerlos.

Clara murmuró:

—Es verdad.

Todo lo que José decía le parecía á ella el Evangelio. Le admiraba en todo y él no se enorgullecía ni aprovechaba esa superioridad para establecer su dominación. La amaba más al verla tan confiada y reconocía en sus adentros que su novia le estimaba en más de lo que valía.

José se juzgaba con bastante justicia: educado en la soledad y en la majestad de los bosques, gustábanle los ensueños y el silencio, pero esos ensueños no se elevaban nunca mucho. En su carácter taciturno había un poco de pereza de alma. Su espíritu era lento en moverse y temía tener que tomar una decisión; pero una vez tomada, no desistía de ella. Era obstinado como buen campesino.

Lo era, sí; lo era fundamentalmente, á despecho de la herencia y del atavismo. Aquel retoño real y auténtico de los Valroy-Reteuil se lo debía todo al ambiente y nada á sus antepasados. Se había hecho al medio en que había vivido, y no conservaba del pasado ninguna manifestación ni influencia alguna.

Aquel campesino andaba meciendo el cuerpo; tenía las manos anchas y callosas de los trabajadores de la tierra; sus cabellos, mal cortados, alteraban la armonía de una cara cuya regularidad había que adivinar; su bigote rojizo, cortado al rape del labio, carecía de elegancia; era el hijo de Garnache tanto y

mejor que el otro era vizconde. Acaso es más fácil al hombre descender que subir, si se admite que existe alguna escala.

Entre tanto Arabela, cuyos ojos perspicaces lo distinguían todo, dijo de pronto al vizconde de Valroy, que volvió á dar un salto:

—Diga usted, Jacobo, esa pareja que hemos encontrado...

—¿Qué, amiga querida?

—No sé; es una idea, pero encuentro que él se parece á usted...

El vizconde puso mal gesto.

—Decididamente, Bella, está usted hoy de vena... Todos los desdichados del camino son mis iguales ó mis semejantes... Dios mío, ¿qué es lo que me va usted á servir á la vuelta?..

Se callaron; estaban entrando en la capilla.

A la misma hora, en el otro lado de la comarca dos hombres se encontraron de manos á boca en un recodo del camino y se dieron la mano con evidente satisfacción.

—¡Garnache!

—¡Grivoize!

—¿Cómo va, amigo?

—No mal; en tu casa...

—Va bien; todos andan derechos.

Entre el guarda y Grivoize el menor existía una amistad de larga fecha. Habían nacido en el mismo día del mismo mes y del mismo año, lo que después los aproximó. Habían gastado lo menos posible los bancos de la escuela, y habían servido juntos en el mismo regimiento y hecho juntos la guerra.

De vuelta á su tierra, habían seguido siendo compañeros, deteniéndose al pasar el uno en casa del otro y sin dejar de ofrecerse una copa, cuando se encontraban, en la más próxima taberna.

Ciertamente, Grivoize el menor era treinta veces más rico que Regino, ó más bien, poseía mucho cuando éste no tenía nada; pero un Grivoize ó un Piscop no hablan jamás de su fortuna, y además aquellos labradores, que trabajaban con sus brazos y eran miserables, al menos de aspecto y de modales, tenían mucha consideración á la persona casi militar de un guarda de monte jurado, con su placa en el pecho y su escopeta debajo del brazo.

Con esto y con los recuerdos y el compañerismo, resultaban dos hombres perfectamente iguales los que se daban la mano en la linde de Taillefontaine. Esta vez, como tantas otras, se dirigieron por un convenio tácito á la posada del pueblo.

Instalados delante de un jarro de vino en una sala desierta, hablaron primero en voz baja en gran amistad; pero al tercer vaso y al segundo jarro, el tono se levantó y creció la confianza. Grivoize, un poco chispo, contestó á preguntas cordiales con ciertas confidencias y dijo:

—Entonces, tu hijo está en casa de Balvet... ¿Está bien allí? El oficio no es duro y se dice que produce.

Regino, todavía grave, movió la cabeza. Sí, el muchacho había ido por el camino que le convenía; tenía edad de elegir por sí mismo. Balvet era un buen hombre y un honrado anciano... Su hija una buena chica y todos se entendían.

—Sí, le interrumpió el otro, ya sé que se van á casar.

—Dentro de un año, está decidido. Harán una pareja sólida y trabajarán en buena armonía; con eso todo irá bien.

Garnache suspiró al pensar que él lo sabía bien por la experiencia contraria.

—Sí, dijo Grivoize, que estaba enterado; Berta..., siempre con sus lunas...

—Más que nunca...

Pero, ahí está, había cometido el error de casarse con una especie de señorita, educada en el castillo y acostumbrada á los amos... Esas mujeres hacen malas compañeras para un hombre sencillo como él, y no siempre son excelentes madres, sin que los hijos tengan la culpa.

—Sí, sí, repetía Grivoize.

Conocía todo eso, que corría por el país hacía veinte años. Berta había seguido demasiado adicta á los señores... Había hecho muy mal. Ahora, sin embargo, vivía separada de ellos.

—Por fuerza, dijo Garnache, Jacobo no nos conoce ya... Juzga sin duda que una nodriza es una criada como otra cualquiera, y acaso tenga razón. La condesa está mejor, según se dice, pero no ha sido nunca muy amable y ahora no lo es nada. Hay que olvidar todo eso. Hasta el conde Juan... En otro tiempo era un buen corazón con franqueza y con las manos tendidas..., pero hace quince años parece que evita el pabellón y que allí le quema el suelo... Si se cruza conmigo en el camino, nos saludamos y nada más.

(Se continuará.)

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

EL NUEVO TEATRO-CIRCO «COLISEO ARGENTINO»

Ha poco tiempo inauguróse este grandioso edificio, que por su belleza, condiciones acústicas, estética



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.— Teatro-circo «Coliseo Argentino» recientemente inaugurado. Fachada principal que da á la plaza de la Libertad. (De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

y *comfort*, es sin duda el primero en su clase en toda la América del Sur.

El público goza de todas las comodidades apetecidas, amén del lujo, del arte arquitectónico, pictórico y plástico, de la seguridad y de la solidez en toda la fábrica, pues los propietarios, hombres de gusto y grandes capitalistas, no han querido limitar su coste y el arquitecto alemán Sr. Nordmann ha podido desplegar todos sus conocimientos en esta clase de construcciones, haciendo una obra modelo bajo todos sus aspectos.

Amplísimas y lujosas escalinatas de mármol ponen en comunicación todos los pisos, incluso las galerías altas y paraiso, y los corredores que dan acceso á palcos y platea son de tal anchura y están tan artísticamente adornados, que son muy á propósito para pa-

que permite gozar de una ventilación natural y perfecta por hallarse situado dicho teatro-circo dando frente á la gran plaza de la Libertad, llena de flores y de gran arbolado, por lo que llega el aire puro á los pulmones de los espectadores.

La iluminación de la sala es verdaderamente espléndida; sus elegantes aparatos eléctricos forman un conjunto de luces alegre y brillante. En noches de moda resulta su aspecto mágico y sorprendente.

La platea está dispuesta de tal modo que todos los concurrentes sin excepción pueden ver perfectamente el espectáculo sin sufrir la más insignificante molestia. La eterna cuestión del sombrero femenino parece resuelta en este local gracias á la construcción y colocación de las butacas.

Los palcos se hallan distribuidos en tres secciones: platea, bajos y balcón. Su decorado es de tintas suaves sobre fondo granate claro, resaltando admirablemente y armonizando con los cortinajes de felpa de un tono algo más oscuro.

El *foyer* es grandioso, magnífico y cómodo. Ocupa todo el frente del primer piso y sus grandes y anchos balcones dan sobre la mentada plaza de la Libertad. El decorado es blanco y oro, y en cada cuadro del artístico artesonado del techo hay un foco eléctrico, contándose éstos por centenares.

Posee una pista montada sobre sólida armazón de hierro, sostenido por una poderosa columna que se mueve á presión hidráulica. Con este nuevo sistema la pista puede hacerse desaparecer rápidamente, transformándose en pocos instantes en enorme pileta de dos metros de profundidad que llena de agua se utiliza en diversas pantomimas y ejercicios.

El escenario es grandiosísimo y está construido con los más modernos adelantos para adaptarlo á toda clase de espectáculos por complicada que sea la maquinaria.

Los cuartos para los artistas están completamente

aislados del escenario; son espaciosos y con grandes comodidades. Además los artistas tienen un gran salón para reunirse y recibir sus visitas, amigos, periodistas, etc.

En todos los pisos hay elegantes tocadores para señoras y caballeros, adornados y

servicio de incendios, telón de boca metálico y gran número de salidas estratégicamente dispuestas. Verdadero modelo en su género.

JUSTO SOLSONA.

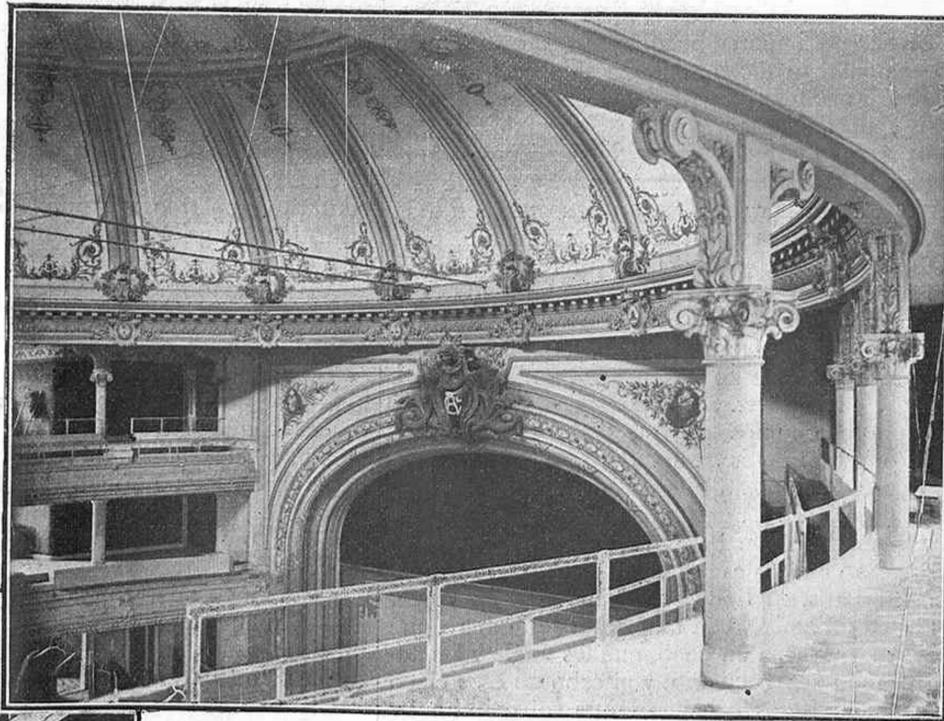
LA TEMPERATURA DEL SOL

Los sabios que se han dedicado al estudio de la temperatura del sol nos han dado cifras muy diferentes como resultado de sus observaciones. El padre Secchi, director del observatorio de Florencia, fundándose en la altura de las protuberancias solares atribuyó al rey de los astros una temperatura de seis millones de grados centígrados.

Hace algunos años, Violle señalaba una temperatura comprendida entre 2.000 y 3.000 grados. El método de que se valía para llegar á este resultado era sumamente sencillo é ingenioso: colocaba un termómetro en el centro de una esfera hueca opaca que dejaba penetrar el calor solar por un agujero muy pequeño; el diámetro del agujero y la elevación de calor en el termómetro permitían resolver el problema hasta cierto punto, por medio de cálculos basados en el diámetro del sol, en la distancia que separa á éste de la tierra y en la ley de la radiación al través de la atmósfera.

Otros físicos obtuvieron distintas cifras; así Pouillet y Soret señalaban una temperatura de 1.400 á 1.700 grados, Wilron la elevaba á 6.590, etc.

Estas divergencias notables se explican por el hecho de que los métodos empleados por todos esos observadores adolecían de vicios fundamentales. Por una parte, un error infinitesimal en esa clase de observaciones se traduce en una cifra enorme; y por otra, digan lo que quieran ciertos especialistas, nada se sabe con verdadera exactitud acerca de la constitución de la atmósfera y de lo que la reemplaza á algunos kilómetros encima de nosotros, y por consiguiente nada se sabe tampoco sobre la manera como se efectúa la radiación calorífica en las alturas misteriosas.



Detalles del techo y altura del teatro. (De fotografías remitidas por D. Justo Solsona.)

puestos con todo aseó.

Aparte tiene los establos y pesebres para distinta clase de animales con abundancia de aguas corrientes, ventilación y calefacción.

El cuerpo principal del edificio está circundado por un gran pa-

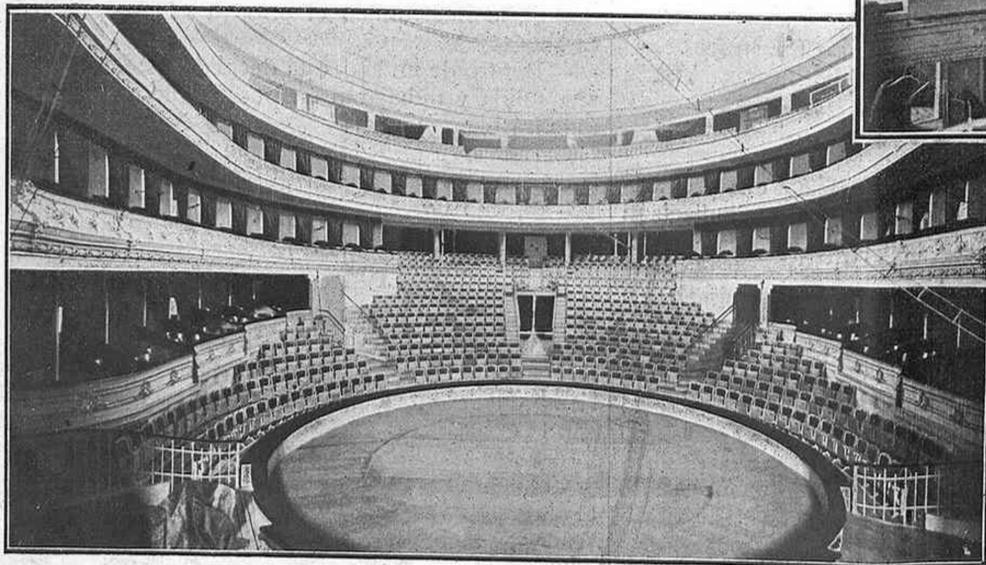
ño cubierto, á la altura del primer piso, de cristales y alfombrado especialmente para que puedan circular los coches en noches de lluvia, sin molestar al público el ruido completamente amortiguado, dejando y tomando á los concurrentes sin que éstos hayan de salir al exterior.

La capacidad es para tres mil personas sentadas con toda comodidad.

Posee grandes depósitos de agua, perfeccionado

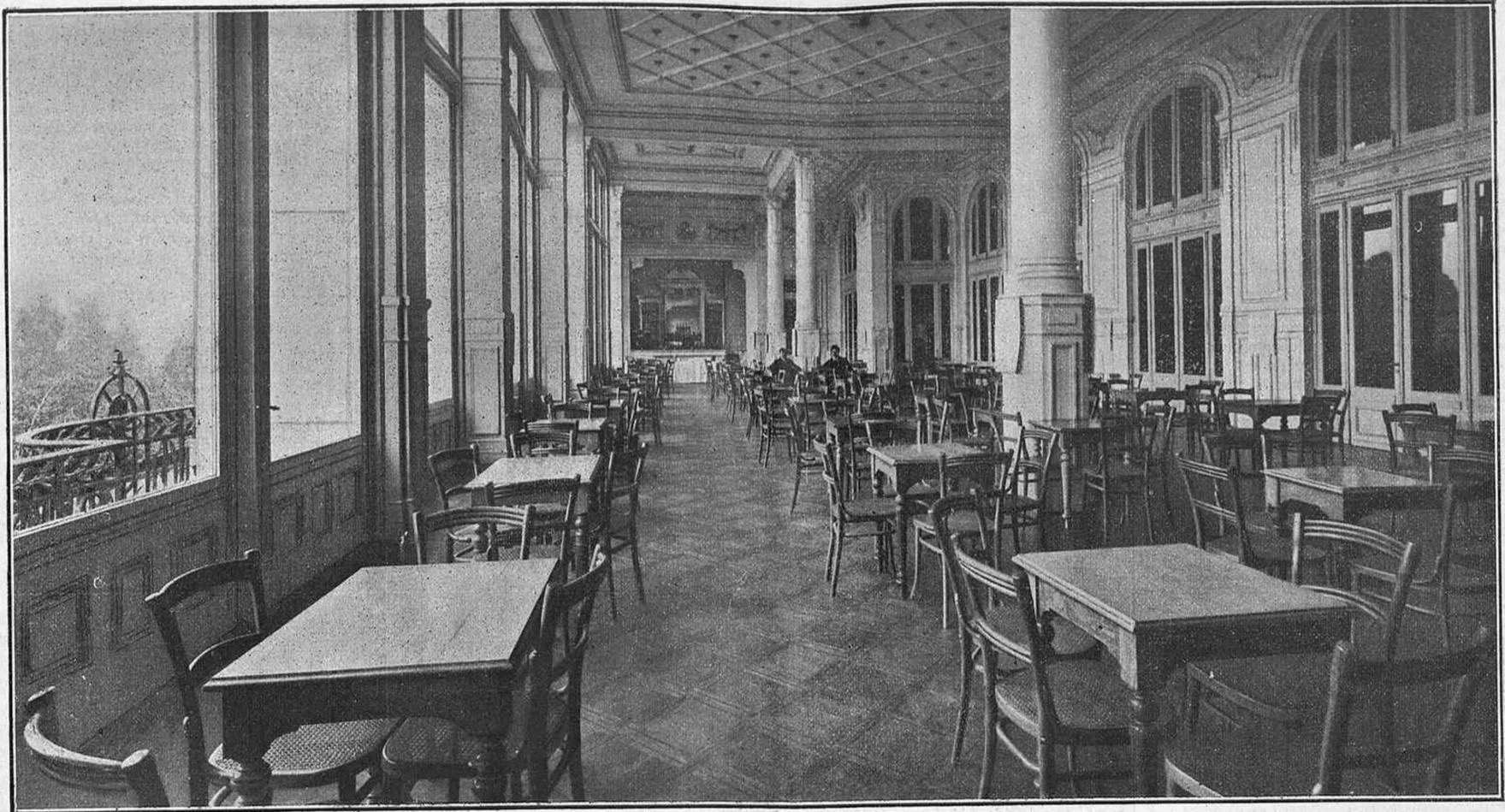
M. Moisés, valiéndose de un procedimiento indirecto que descansa sobre bases particularmente sólidas, ha aportado recientemente nueva luz á la solución del problema. Ese eminente químico francés, inventor del horno eléctrico gracias al cual ha podido volatilizar los metales rebeldes á la acción de los hornos anteriores, ha demostrado que no existe en nuestro planeta ningún cuerpo que no pueda ser licuado y destilado al calor del arco voltaico, cuya temperatura máxima se ha admitido que es de 3.500 grados. Ahora bien: el espectroscopio nos enseña que la mayoría de los cuerpos simples existentes en la tierra existen también en el sol. Por otra parte, es verosímil que el sol, á causa de la cantidad de calor que irradia, no puede estar formado exclusivamente de materias gaseosas que, caldeadas con exceso, podrían alcanzar temperaturas mucho más elevadas que la temperatura de destilación, sino que ha de contener un núcleo líquido ó sólido, y en su consecuencia su temperatura no habría de ser mayor que aquella en que se destilan los numerosos cuerpos que en su composición tiene de común con la tierra.

Téngase, sin embargo, en cuenta que las destilaciones de M. Moisés se efectuaron á la temperatura



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.— Teatro-circo «Coliseo Argentino.» Pista y sala

seos durante los entreactos. Esos corredores, sumamente frescos en verano gracias á los grandes ventanales que en ambos costados hay abiertos sobre los anchos patios que circundan todo el edificio, están muy bien templados en invierno por el sinnúmero de caloríferos á vapor diseminados por todas partes del interior y exterior de la sala de espectáculos. Además en verano, durante las noches tranquilas y apacibles, se corre toda la parte alta de su gigantesca cúpula, lo



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - TEATRO-CIRCO «COLISEO ARGENTINO.» FOYER Y RESTAURANT.
(De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

ordinaria y que puede haber en el sol una presión que modifique esa temperatura, la cual, según parece, debe estar comprendida entre los 5.590 grados señalados por Wilson y los 3.000 que, según hemos dicho, señala Violle. De todos modos, del resultado de esos últimos experimentos y cálculos se desprende que la temperatura solar dista mucho de los seis millones de grados indicados por el padre Secchi. —F.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SINGULARE

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^o St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et C^o B^o St-Denis, 48

ROB

BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 309-311, Barcelona

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Allimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

MONUMENTO Á ADALBERTO STIFTER

Nació este célebre poeta en Oberplan (Bohemia meridional) en 23 de octubre de 1805; estudió en Viena derecho, filosofía y ciencias naturales; fué profesor del príncipe Ricardo Metternich, y en 1849 fué nombrado consejero de Enseñanza popular del Alta Austria. Establecióse entonces en Linz, en donde falleció en 28 de enero de 1868. Escribió multitud de poesías que han sido coleccionadas con los títulos de *Estudios y Piedras de colores* y varias hermosas novelas.

El monumento que á su memoria se ha erigido en Haimbach es tan sencillo como grandioso. Como se ve en el grabado adjunto, consiste simplemente en una roca en la cual están grabados un medallón con el busto del poeta y el nombre de éste. El agreste sitio en que el monumento se alza y que tan bien armoniza con el carácter de la obra plástica, contribuye poderosamente al buen efecto que ésta produce.

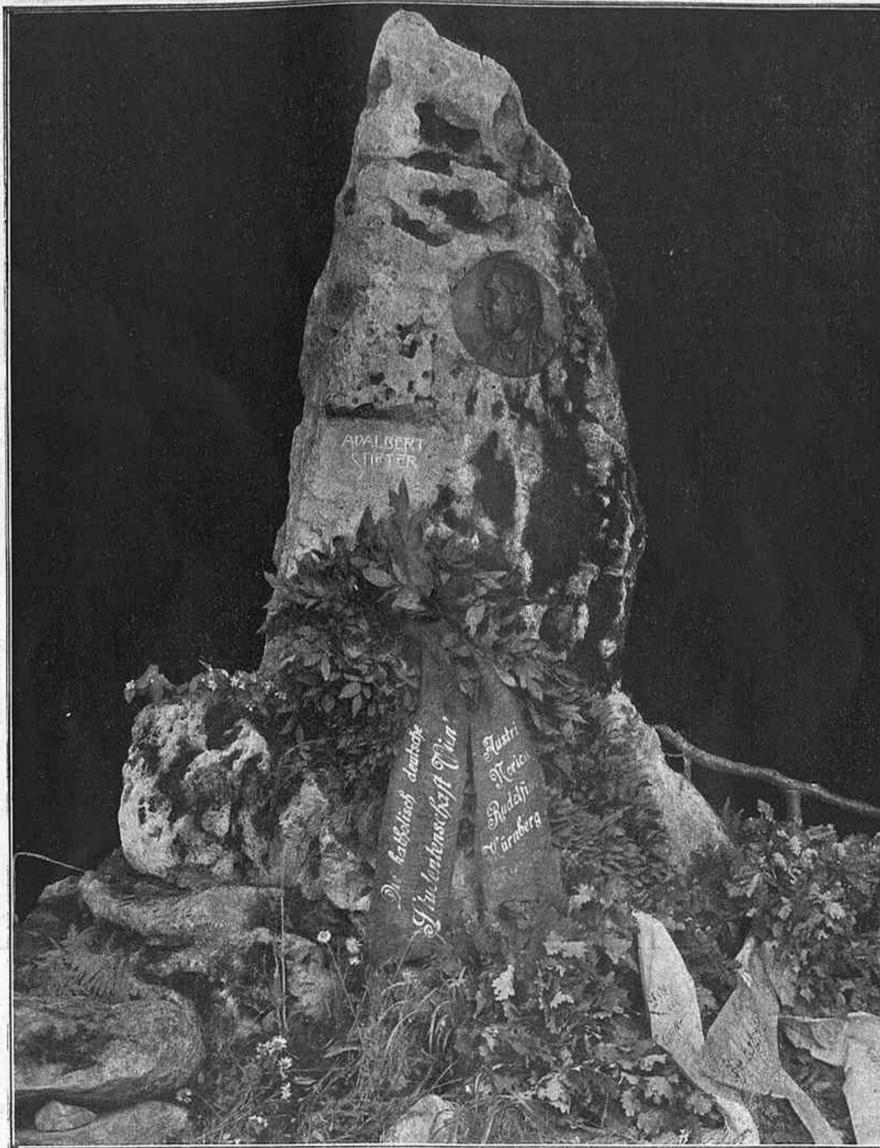
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

LA JURA DE LA BANDERA, por *Augusto C. de Santiago-Gadea*. - Catecismo Patriótico recomendado á los Cuerpos é Institutos del Ejército y de la Armada, Escuelas públicas y Centros de enseñanza, por Reales órdenes de los ministerios de la Guerra, Gobernación y Marina. Un folleto de 96 páginas, impreso en Madrid en la imprenta del Patronato de Huérfanos de Administración Militar. Precio, 25 céntimos.

LA CONFESIÓN. LA SORPRESA. PALABRAS PÓSTUMAS, por *Severo Amador*. - Un tomo de 126 páginas, impreso en Aguascalientes (México) en la imprenta de J. T. Pedroza é Hijos.

ROMERO ROBLEDO. - Discurso pronunciado en la sesión pública de 27 de marzo de 1905 de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid, por *Adolfo Pons y Umbert*. Un folleto de 16 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Hijos de J. A. García.



VIENA. - INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO ERIGIDO EN HAIMBACH (SELVA VIENESA)
Á LA MEMORIA DEL POETA ADALBERTO STIFTER
(De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

MONOGRAFÍA GEOGRÁFICO-HISTÓRICA DE CATALUÑA. - Se han publicado los cuadernos 3 y 4 de esta monografía que forma parte de la Nueva historia y Monografías geográficas de las provincias de España. Contienen 16 páginas de texto cada uno y numerosos grabados. Se suscribe en todas las librerías y quioscos de Cataluña. Precio del cuaderno, 50 céntimos edición corriente y 50 edición de lujo.

LA CALATRAVA, novela de costumbres madrileñas, por *Francisco de Arce*, con ilustraciones de *A. Durá*. - Un tomo de 172 páginas, editado en Madrid por A. de San Martín é impreso en la imprenta de A. Marzo. Precio, tres pesetas.

LAS TURBINAS DE VAPOR Y DE GAS, por *Giuseppe Belluzzo*, traducción de don *José M.ª Samaniego*. Teoría gráfica de los fluidos elásticos y de su movimiento. Aplicación de los métodos gráficos al cálculo de las turbinas de vapor y gas. Estudio crítico de los diversos tipos de turbinas de vapor actuales. Aplicación de las turbinas de vapor á la marina. Un tomo de 416 páginas con 22 láminas y 300 figuras intercaladas en el texto, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos. Precio, 10 pesetas en rústica y 12 encuadernado.

CONCHERÍAS, por *Aquileo J. Echevarría*. - Colección de poesías con prólogos de A. Zembrana y Rafael Villegas. Un tomo de 140 páginas, impreso en la Imprenta Nacional de San José (Costa Rica.)

PROSA REVUELTA, por *Eugenio de la Riva*. - Colección de artículos en prosa sobre variados asuntos. Un tomo de 144 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta Argos.

MANUAL DEL AJEDREZ. PARTE SEGUNDA: ESTRATEGIA. Por *José L'Aluzie y Lucena*. Un tomo de 250 páginas con numerosos grabados, editado en Barcelona por su autor. Precio, 4'50 pesetas.

DICCIONARIO SALVAT. - Se han publicado los cuadernos 44 á 47 de esta obra que publica en Barcelona la casa Salvat y C.ª Comprenden hasta la palabra *Bozo* y contienen, aparte de numerosos grabados intercalados, algunas láminas sueltas en negro y en colores.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. **Exigir la Firma WLINSI.**

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA
Espantos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra **ASMA**
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**
Calle Richelieu, 102, Paris. - Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILAVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria